

# **Pensamiento Cristiano**

**Temas para la reflexión**

(Año 2003)

Pastor José M. Martínez  
Dr. Pablo Martínez Vila

# Pensamiento Cristiano

## *Temas para la reflexión*

Una colección de los «Temas del mes» del año 2003  
del website «Pensamiento Cristiano»

**José M. Martínez**, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con el website titulado «Pensamiento Cristiano».

El Dr. **Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. Actualmente es presidente de la Alianza Evangélica Española, y vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

**Pensamiento Cristiano** es un website de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Website: <http://www.pensamientocristiano.com>

Los **libros** de José M. Martínez y Pablo Martínez Vila se pueden obtener en la mayoría de las librerías cristianas. Para encontrar una librería cristiana cerca de su lugar, puede consultar las **Páginas Arco Iris Cristianas** en internet en la dirección <http://www.paginasarcoiris cristianas.com>.

## Índice

Enero 2003 – Confiando en Dios, Roca de los siglos.....	3
Febrero 2003 – Luces y sombras de la ancianidad.....	6
Marzo 2003 – Sobre el enamoramiento, el amor y la amistad.....	10
Abril 2003 – Nuestro pasado, ¿enemigo o aliado?.....	14
Mayo 2003 – El cristiano y la televisión.....	17
Junio 2003 – Tengo dudas... ¿soy realmente cristiano?.....	21
Julio 2003 – Buscar y ser modelos.....	25
Septiembre 2003 – La gratitud, una virtud olvidada.....	27
Octubre 2003 – Los silencios de Dios.....	30
Noviembre 2003 – ¿Hojas caducas u hojas perennes?.....	33
Diciembre 2003 – Pese a todo... ¡Emanuel!.....	35
Libros de José M. Martínez.....	38
Libros del Dr. Pablo Martínez Vila.....	38
Folletos de José M. Martínez.....	38

Copyright © 2003, José M. Martínez y Dr. Pablo Martínez Vila

Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los artículos que salen en este documento, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)

## Confiando en Dios, Roca de los siglos

(Is. 26:1-9)

El tránsito de un año a otro nuevo siempre invita a la reflexión. Es una excelente ocasión para hacer balance del año que finaliza y para otear el horizonte del que comienza. Nuestras experiencias en el primero habrán sido, sin duda, diversas; unas, motivo de alegría; otras, dolorosas. Unas, estimulantes; otras, humillantes, pues han puesto de manifiesto nuestras inconsistencias, nuestras debilidades, nuestra infidelidad a Dios. Y nuestra ojeada a la perspectiva del nuevo año puede esbozar en nuestra mente, con signos de interrogación, experiencias positivas y vivencias negativas. ¿Qué nos traerá? ¿Alegrías o lágrimas?

La situación actual del mundo es inquietante, tanto en el orden político como en el económico, el social, el moral y el espiritual. Todo se caracteriza por una gran inconsistencia. Todo parece tender a degradarse, a descomponerse, a sumir a la humanidad en un caos. Y en las perspectivas de futuro -a corto, a medio y a largo plazo- de cada individuo los interrogantes pueden ser igualmente preocupantes. El nuevo año puede depararnos no pocos motivos de satisfacción; pero también puede reportarnos dolorosas pérdidas, fracasos, desengaños, todo ello motivo de ansiedad, incluso de miedo.

Pero el creyente, si es consecuente con su fe, verá su futuro iluminado por la gracia y el poder de Dios. Por la acción del Consolador mediante la Palabra, verá transformada la ansiedad en paz. Ese es el gran mensaje que hallamos en el texto señalado de Is. 26:1-9. Veamos los puntos más destacados de este cántico inspirador:

### I. El pueblo de Dios, una ciudad amurallada (Is. 26:1)

En este versículo se presenta, mediante la metáfora de un doble amurallamiento, el cuadro de una Jerusalén idealizada, privilegiada y protegida por Dios. No sólo está rodeada por un muro; en torno a éste, a escasa distancia, hay un antemuro que dificulta el acceso al muro. Por supuesto, el secreto de la protección no está en la fortificación de la ciudad, sino en la presencia y la omnipotencia de Dios, a las que ningún otro poder puede vencer. «Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Ro. 8:31) «Dios es nuestro amparo y fortaleza» (Sal. 46:1). La antigua Jerusalén así lo experimentó en días del rey Ezequías, cuando el ejército asirio tuvo que huir descalabradamente de la ciudad (Jerusalén) que tenían sitiada (2 R. 19:8-37).

### II. Bendiciones que se hallan en la ciudad de Dios (Is. 26:1, Is. 26:3)

#### 1. **Salvación** (Is. 26:1)

Nos viene a la mente, en primer lugar, la salvación de grandes peligros, como la liberación de Jerusalén del mencionado asedio asirio en días de Ezequías. En el curso de la historia Dios ha tenido algunas intervenciones providenciales realmente asombrosas. En el siglo III d. C., Félix de Nola, pastor de la iglesia de su ciudad, tuvo una experiencia singular. Cuando huía de los soldados romanos que lo perseguían se ocultó en una cueva de difícil acceso por lo estrecho de su boca de entrada. Poco rato después llegaron los soldados; pero en el intervalo de tiempo una araña había tejido una tupida tela que cubría la entrada. A la vista de este detalle, los perseguidores concluyeron que

allí nadie podía haber entrado sin deshacer la telaraña; y se alejaron para continuar buscando. Es una gran verdad que sin Dios un castillo es como una tela de araña; y con Dios, una tela de araña es como un castillo.

Por supuesto no siempre Dios obra ese tipo de maravillas. Ni siquiera libra a los suyos del sufrimiento o de la misma muerte, como Félix de Nola vio más tarde (murió mártir). El Señor libró a Pedro sobrenaturalmente de la cárcel para que no corriera la misma trágica suerte que Jacobo, pero no había evitado que éste fuera «matado a espada» (Hch. 12:1-2). Dios, en su soberanía, decide obrar de un modo u otro como mejor conviene a la realización de sus propósitos, mucho más amplios que nuestra visión de la vida, y siempre infinitamente justos, sabios y buenos.

Pero la Biblia, al referirse a la salvación, incluye más que la liberación de peligros físicos. Entraña la salvación del pecado y de la condenación, así como la posesión, por la fe, de la vida eterna. Aquí entra también el proceso de nuestra santificación, que no es ausencia total de pecado en la conducta, sino una actitud radical, nueva, del creyente. Yo, antes de mi conversión a Cristo, corría hacia el pecado; ahora procuro correr huyendo del pecado. Todo por la gracia de Dios y la obra de su Espíritu.

## 2. **Paz** (Is. 26:3)

«Completa paz». En el original hebreo la frase aparece con una repetición de la palabra paz: shalom, shalom. La idea es que la paz que Dios otorga a su pueblo es abundante, con las más variadas manifestaciones. Tal como aparece en el Antiguo Testamento, el término shalom no significa solamente ausencia de guerra, sino también bienestar en el sentido más amplio. Es la experiencia de quienes tienen su principal complacencia en Dios y gozan de su favor. A la luz del Nuevo Testamento, esa paz, «que sobrepasa a todo entendimiento» (Fil. 4:7), es el resultado de poner en manos de Dios todas nuestras inquietudes y preocupaciones (Fil. 4:6) y reconocer lo mucho que abarca la declaración del apóstol Pablo: «El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo nos bendijo con toda bendición espiritual en lugares celestiales con Cristo» (Ef. 1:3). La paz del cristiano no depende de las circunstancias. El creyente puede experimentarla aun en medio de acerbos sufrimientos. Pedro estaba profundamente dormido en la cárcel de Jerusalén aun sabiendo que los gobernantes judíos habían determinado darle muerte al día siguiente (Hch. 12:6). Pablo y Silas, después de haber sido azotados, con sus pies en el cepo, cantaban himnos a Dios en la cárcel de Filipos (Hch. 16:25).

## III. Lo que Dios demanda de nosotros (Is. 26:4)

### **Confianza**

«Confiad en el Señor perpetuamente» (Is. 26:4). Confianza es descansar en las promesas de Dios en contraposición a toda duda o temor. Dios es nuestro defensor y guía, nuestro renovador, quien nos levanta cuando caemos, quien ordena a nuestro favor todo el entramado de su providencia (Ro. 8:28). Es también el que nos santifica y usa para su gloria, el que «realiza nuestras obras» (Is. 26:12). Así lo entendía Pablo cuando, refiriéndose a los admirables logros de su apostolado misionero, decía: «Por la gracia de Dios, soy lo que soy; y su gracia para conmigo no ha sido estéril, ... he trabajado más que todos; pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo» (1 Co. 15:10).

Y todas esas acciones de Dios prosiguen «perpetuamente», pues Él es «la Roca de los siglos», soberano, todopoderoso y fiel a su pueblo desde la eternidad y hasta la

eternidad. Bien podemos confiar en Él y poner en sus manos el nuevo año que comenzamos.

### **Pensamiento centrado en Él**

Dios guarda «en completa paz» a aquel cuyo pensamiento en Él persevera (Is. 26:3). A menudo nuestra paz se ve turbada porque multitud de pensamientos generan en nuestra mente duda, desconfianza, temor. Pero cuando Dios y sus promesas están en el centro de nuestro pensar la duda se convierte en certidumbre; la desconfianza, en seguridad, y el temor, en paz gozosa (Fil. 4:6-8). Esta debería ser nuestra experiencia, y no de modo esporádico, sino constante. La perseverancia va de la mano con la confianza en Dios. Se persevera porque se confía (Is. 26:3). Es lo que Dios nos pide.

Concluyo con el texto de un bello poema anónimo que recibí hace unos meses de una editorial religiosa:

*Oh Señor,  
ve delante de nosotros  
para guiarnos,  
ve detrás de nosotros  
para impulsarnos,  
ve debajo de nosotros para levantarnos,  
ve sobre nosotros  
para bendecirnos,  
ve alrededor de nosotros  
para protegernos,  
ve dentro de nosotros  
para que,  
en cuerpo y alma,  
te sirvamos  
para gloria de tu nombre.*

*José M. Martínez*

## Luces y sombras de la ancianidad

*La belleza de los ancianos es su vejez (Pr. 20:29)*

Para los jóvenes el tema puede parecer de escaso o nulo interés. ¡Ven ellos tan lejos el día de su jubilación! Tienen ellos la impresión de que aún les queda un siglo por delante. Sin embargo, a menos que una muerte prematura lo impida, la vejez llegará. Y cuando llegue parecerá que los años transcurridos entre la juventud y la senectud han sido pocos y raudos.

Por ser la etapa final de la vida y por sus achaques, la vejez es mirada con poca simpatía. Se contempla a través del prisma de Eclesiastés 12 y se ve un cuadro de insatisfacción (Ec. 12:1), de debilitamiento progresivo (Ec. 12:2-4), de riesgos aumentados (Ec. 12:5), todo ello anunciador de la inevitable quiebra final (Ec. 12:6-7). Hay mucho de realismo en esa descripción. Y podrían añadirse otros aspectos no menos deprimentes: sufrimiento causado por alguna enfermedad crónica, penuria económica, soledad, indiferencia de familiares y amigos en muchos casos, discapacidad mental en mayor o menor grado, ser objeto de olvido e ingratitud, falta de ideales y de actividad, desasosiego producido por la sombra de la muerte, cada vez más prolongada en el ocaso de la vida. En resumen: tristeza, depresión, desesperanza.

A pesar de todo, a menos que la discapacidad sea muy acusada, la ancianidad, comparable a una moneda, tiene un anverso y un reverso. Puede ser luminosa o sombría. Lo uno y lo otro viene determinado en gran medida por nuestro carácter y por nuestras creencias, por el concepto que tengamos de la vida y su significado; sobre todo, por lo que haya sido y sea nuestra relación con Dios. De todo ello depende que la vejez sea bella o que se tiña de tonos sombríos, que destile gozo o rezume amargura.

### Los valores de la edad avanzada

Por lo general, el anciano, en condiciones mas o menos normales posee características de inestimable valía:

#### ***Experiencia enriquecedora***

Los años de la juventud y la edad madura han abundado en aciertos, pero también en errores; en éxitos y en fracasos, en esperanzas realizadas y en frustraciones, en relaciones humanas enriquecedoras y en amargos desengaños, en alegrías intensas y en punzantes sufrimientos. Todo ello es pródigo en lecciones saludables. Todo se convierte en fuente de sabiduría. Con razón se dice que el diablo es más sabio por viejo que por diablo. El anciano posee la sabiduría de la vida en toda su complejidad. Curiosamente en el Antiguo Testamento se usa el término *ben* (hijo de) referido a la edad avanzada. El texto de Gn. 5:32, traducido literalmente, diría: «Y era Noé hijo de quinientos años». En efecto, el anciano es «hijo» de los años que ha vivido, en gran medida producto de sus experiencias. Por tal razón, sus opiniones y sus consejos suelen ser sumamente valiosos. Por ello antiguamente los ancianos eran los jueces y las autoridades indiscutidas de muchos pueblos. Todavía hoy la sociedad puede beneficiarse de la experiencia de los viejos si se tiene la cordura de tomar en consideración sus opiniones. Si el rey Roboam hubiese atendido al consejo dado por los ancianos de Israel que ya habían sido consejeros de Salomón, su padre, habría evitado la ruptura de su reino (1 R. 12:1-16).

### ***Carácter maduro y sosegado***

Los años han ido templando su temperamento. En contraste con las reacciones propias de la juventud, vehementes, por lo general poco reflexivas, poco tolerantes, más bien imperativas, los rasgos caracterológicos se han ido suavizando. El anciano se torna más juicioso. Se entusiasma poco con los dogmatismos. Raramente adopta posturas extremas que conduzcan a enfrentamientos dialécticos. Más comprensivo, prefiere la tolerancia, la síntesis armonizadora. Esta característica hace especialmente estimables las aportaciones que el anciano puede hacer en la discusión de una cuestión delicada.

### ***Posibilidades magníficas de nueva actividad***

Para muchas personas la jubilación es una experiencia de crisis. El cese en el ejercicio de su profesión las sumerge en una situación de ocio permanente que, lejos de alegrarles, las aburre y deprime. Han perdido el sentido de su vida y sólo les queda un profundo vacío existencial. Carente de ideales e ilusiones, su vivir se reduce a un simple vegetar rutinario. Van poniendo años en su vida, pero no vida en los años. Situación triste, en la que lo único que se espera con desolación es el fin de los días.

Pero el anciano no necesariamente está condenado a ese modo de vivir la etapa final de su existencia. Después de su jubilación, aún puede hallar formas de actividad que mantengan -e incluso incrementen- su capacidad productiva en trabajos adecuados a sus posibilidades. No son pocos los hombres y mujeres que, jubilados, dedican buena parte de su tiempo al cultivo de alguna de las artes, a participar en actividades culturales (sabemos de personas que incluso cursan estudios universitarios), artísticas o de promoción social. Actualmente un buen número de iglesias se ven beneficiadas con la colaboración de jubilados que de diversos modos coadyuvan eficazmente a la realización de importantes funciones. En ellos se cumple lo dicho por el salmista: «Aun en la vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes» (Sal. 92:14). Y en el fruto de su ancianidad encuentran satisfacción y renovado sentido para su vida. Con razón pensaba el eminente médico español Ramón y Cajal que «la edad no es más que una apariencia cronológica, y que lo que importa es el sentimiento y el amor hacia lo que nos rodea». Cicerón, en su obra *De senectute* (sobre la vejez), señala que al escribirla no sólo «se le han quitado todas las molestias de la vejez, sino que se le ha vuelto dulce y agradable». Así es normalmente en muchos otros casos.

### ***Influencia bienhechora***

Las cualidades positivas de la persona anciana son una bendición para generaciones aún jóvenes. Su integridad esencial, mantenida a lo largo de los años, es un ejemplo estimulante. Vivir es navegar en un mar peligroso en el que abundan los escollos, los vientos contrarios y las corrientes desviadoras. Es muy fácil naufragar. Por ello, la perseverancia en una vida ejemplar hasta la llegada al puerto de destino es un bien inestimable para quienes la contemplan. ¡Dichosos aquellos que en la vejez así fructifican!

### ***Los peligros de la vejez***

No todas las experiencias de envejecimiento son radiantes. Algunas muestran rasgos de escasa belleza. A veces la luz se debilita. La vida aparece nublada por el recuerdo de

amarguras, desengaños, dudas de todo tipo. Nada más propicio para actitudes y reacciones poco dignificantes. Veamos algunas de ellas:

### ***El escepticismo***

Fácilmente determinadas vivencias oscurecen el alma. Y la encallecen. Heridas no cicatrizadas, desgracias, decepciones profundas, dudas no desvanecidas generadoras de incertidumbres, convicciones erosionadas... Si en años anteriores la fe se ha mantenido con firmeza, en la vejez puede mostrar muescas producidas por los golpes del maligno. La consecuencia es frecuentemente una actitud de apatía frente a todo, con el consiguiente empobrecimiento espiritual.

### ***Permisividad desmedida***

La tolerancia es una virtud. La permisividad excesiva es un defecto que puede tener efectos graves. Cuando ya era viejo, demasiado tarde, el sacerdote Elí aprendió la lección. Incapaz de reprender seriamente, con toda autoridad, a sus hijos, les amonestó con tal suavidad que sus palabras no tuvieron ningún efecto. La vida escandalosa de sus vástagos sembró un pésimo ejemplo en Israel y acarrió el juicio de Dios. La vida del anciano y de sus hijos acabó en tragedia (1 S. 2:12-17, 27-36; 4:14-18).

### ***Exceso de amor propio***

No es raro ver ancianos tan celosos de su capacidad y reputación que se sienten hondamente heridos cuando ven que otros más jóvenes ocupan un lugar que, a su modo de ver, les correspondería a ellos. No hay nada más peligroso que el sentimiento de orgullo herido. Fácilmente genera envidia e inquina. Es patética la historia del anciano profeta de Betel narrada en el libro primero de los Reyes (1 R. 13:11-30). Léase el texto bíblico, pues cualquier comentario lo empobrecería. La actuación del anciano no pudo ser más reprobable. La horrible mancha que cayó sobre su ministerio no podría ser borrada, a pesar de su lúgubre lamentación y de lo encargado a sus hijos para el día en que muriera (1 R. 13:26-32). Quedaría en el relato bíblico a modo de luz roja para prevenir contra una de las posibles debilidades de la senectud.

### ***Abandono de los principios básicos***

El ejemplo más estridente lo hallamos en Salomón, el rey no siempre sabio. «Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos...» (1 R. 11:4). Ya había sido un mal que se casara con mujeres paganas. Pero el mal se agravó cuando, nublada su visión espiritual y debilitado con los años su carácter, cedió a las presiones de ellas y abrió la puerta a los cultos más abominables. Es triste que una vida ejemplar durante muchos años se tiña en su ocaso de error y pecado al perder de vista la voluntad de Dios.

### ***Temor***

A medida que avanza en años, el anciano suele pensar en los problemas que de modo natural se le plantearán: agotamiento de las fuerzas que ya han empezado a disminuir, posible falta de asistencia en una situación de soledad, deterioro grave de las facultades mentales... El creyente puede temer que en su ancianidad llegue a caer en los

defectos y torpezas antes expuestos. ¿Pueden superarse esos miedos? El salmista, al parecer, compartió esa inquietud y clamó: «Señor, no me deseches en el tiempo de la vejez; cuando mi fuerza se acabe, no me desampares» (Sal. 71:9). La respuesta a esa súplica, dada por Dios a través de Isaías, no puede ser más tranquilizadora: «Hasta vuestra vejez yo seré el mismo, y hasta vuestras canas os sostendré. Yo, el que hice, yo os llevaré, os sostendré y os guardaré.» (Is. 46:4).

## **Conclusión**

Que nuestra ancianidad irradie luz o que se vea envuelta en sombras depende en último término de nuestra relación con Dios, de la autenticidad de nuestra fe. Sin embargo, damos gracias a Dios porque El puede seguir usando a los ancianos no sólo a pesar de su vejez, sino a través de ella. Esto es así porque el poder del Señor se hace perfecto en nuestras debilidades. Por la fe viva en Él, el anciano experimenta que el hombre interior se renueva de día en día, aguardando que El cumpla su propósito para cada día de su vida.

*José M. Martínez*

## Sobre el enamoramiento, el amor y la amistad

El pasado mes el tema iba dedicado a la ancianidad. Ahora queremos ahondar en un asunto vital para el otro polo de la vida, la juventud, aunque el contenido de este artículo es extensivo a todos, en especial a los matrimonios. Siempre se ha dicho que ser cristiano y joven es muy difícil, pero hoy esta dificultad es máxima. La presión de una sociedad cada vez más pragmática y carente de valores morales aboca a muchos jóvenes a una tensión grande. «Cuando estoy con mis compañeros de trabajo, es como vivir y hablar en un idioma totalmente diferente; todo son frases con doble sentido, insinuaciones, chistes sobre sexo.» Así me hablaba una joven hace escasos días aludiendo a su dificultad para sentirse cómoda en su ambiente laboral.

Una de las áreas donde más se manifiesta la tensión del joven creyente con los principios del mundo es en el amor, la amistad y el sexo. Por ello, quisiera en este artículo responder a algunas de las preguntas que con más frecuencia me hacen los jóvenes con relación a estos temas.

### «¿Qué papel juega el enamoramiento en una relación de amor?»

El amor romántico es un componente imprescindible en cualquier relación de pareja. No podemos ni queremos minimizar su importancia. Sin enamoramiento falta la chispa necesaria para que el fuego de la relación se encienda. Sin embargo, nuestra sociedad va camino de cometer un error de trágicas consecuencias: reducir el amor a enamoramiento. Y lo que es aun peor, reducir el enamoramiento a un mero estado de «excitación» que no suele durar más allá de 3 o 4 años. Esta es una influencia sutil y perversa del hedonismo que está en la raíz de muchos divorcios y separaciones. «Como ya no siento nada por él/ella, esto significa que el amor se ha apagado y, por tanto, es legítimo que lo dejemos.»

Tres consideraciones son necesarias. Primero, el enamoramiento es sólo un ingrediente del amor, pero no el único ni siquiera el más importante. El amor se asemeja a un edificio que tiene cuatro columnas: la amistad, el sentimiento de cariño y ternura, la entrega mutua y el enamoramiento que incluye la atracción física y el romanticismo. Por cierto, cada una de estas cuatro columnas merece un amplio estudio que en su momento realizaremos. El gran error de muchos jóvenes hoy (y también de algunos no tan jóvenes) es confundir el amor con el enamoramiento y limitarlo a este sentimiento de atracción. Una relación de pareja será estable en la medida en que tenga estas cuatro columnas desarrolladas de forma equilibrada. Cualquier desnivel va a ladear el edificio peligrosamente.

En segundo lugar, el enamoramiento pertenece al campo de los sentimientos y, como tal, es fluctuante. Varía tanto como el estado de ánimo o como cualquier ilusión. Por ello, equiparar enamoramiento con amor tiene consecuencias muy negativas para la estabilidad de la relación. Es imposible mantener el mismo «nivel» de enamoramiento de forma permanente e inalterable. Si pienso que ya no amo a mi novia o esposa porque ya no siento la misma atracción, ilusión o excitación que al principio, es que no he entendido en qué consisten ni el amor ni el auténtico enamoramiento. Las oscilaciones del sentimiento de pasión hacia la persona amada son totalmente normales y no deben llevar

a nadie a conclusiones erróneas ni, por supuesto, a querer legitimar con ello la defunción de la relación.

En tercer lugar, el enamoramiento adquiere diferentes formas o «presentaciones» a lo largo de los años. Aun dentro de sus oscilaciones naturales, va adquiriendo diversas maneras de percibirse y de manifestarse. Es perfectamente posible ver muy enamorada a una pareja de ancianos 50 años después de su boda. Pero la naturaleza y la expresión de su sentimiento serán muy distintas a la excitación juvenil de sus primeros tiempos juntos. Podemos comparar el enamoramiento al agua de un río en su curso natural. Al principio, curso alto, el agua baja impetuosa, arrolladora, juguetona. En su curso medio el río ha cambiado; discurre mucho más sosegado, el agua ha perdido la bravura del principio, pero ahora hay un caudal amplio, profundo. Cerca ya de su desembocadura, tampoco parece el mismo río. El agua casi está quieta, como remansada, no se nota apenas movimiento; sin embargo, hay vida en aquel río, tanta o más que al principio. El sentimiento en una relación de amor es como el río: cambia su forma, pero sigue siendo amor y es ¡el mismo río!

**«Tengo muchas ganas de tener novio/a, pero no encuentro la persona deseada. Además, la mayoría de mis compañeros ya tienen su pareja. Ello aún me crea más presión. ¿Qué puedo hacer?»**

El deseo intenso de tener novio/a no es algo anómalo. ¡Lejos de ello, lo extraño es no tener este deseo! La mayoría de seres humanos anhela encontrar una persona con quien relacionarse, aunque no sea necesariamente un esposo/a. Esta necesidad de compañía y de compartir tiene una explicación hermosa: es el resultado de estar hechos a imagen de Dios. Cuando Dios creó al hombre, puso en su corazón el anhelo de relacionarse porque así es la esencia misma de Dios: él no es una sola persona, un singular, sino un plural, tres personas. ¡La existencia de Dios en Trinidad no es casual! Si Dios mismo no existe en solitario, alguna lección importante debe haber en ello. La soledad no es buena. Este fue precisamente el primer comentario que Dios hizo sobre el ser humano: «no es bueno que el hombre esté solo, le haré pues ayuda idónea»(Gn. 2:18). Todos en esta vida necesitamos una «ayuda idónea», que puede venir en forma de esposo/a, pero también a través de una amistad sólida. La misma esencia de la Trinidad en forma de «tres» y no de pareja nos recuerda que el matrimonio no es el único marco para desarrollar relaciones ricas y profundas (ampliaremos este punto después).

En esta línea, cuando un chico y una chica salen juntos, la meta primera no debe ser pensar ya en el matrimonio, sino conocerse mucho y disfrutar de la relación en sí. Antes que novios, deben aprender a ser amigos. Muchas parejas hoy pasan de ser simples «conocidos» a novios, saltándose la etapa intermedia de amigos. Este es un error importante porque desaprovechan un medio insustituible de crecer como personas y desarrollar este aspecto relacional de la imagen de Dios en nuestra personalidad. Entender y respetar la progresión de estas tres etapas le quita mucha presión a la relación.. El matrimonio es un resultado posible, pero no imprescindible, del noviazgo. Más vale un noviazgo roto que un matrimonio deshecho.

Ahora bien, ¿cómo esperar hasta que Dios me muestre la persona adecuada? ¿Qué actitudes son las correctas? La Biblia tiene mucho que enseñarnos en cuanto a cómo actuar en períodos de espera y de búsqueda de la voluntad divina. En hebreo, la palabra «esperar» implica tres actitudes, a cuál más importante:

## **Confianza**

Es la certeza de que Dios conoce y dirige mis pasos, en este caso mi búsqueda (Sal. 37:23-24). Este pensamiento nos infunde tranquilidad de espíritu, paz, y nos libra de la ansiedad tal como la describe Jesús en Mt. 6:31-32. En este sentido, la oración posee un efecto insuperable: «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios... guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Fil. 4:6-7).

## **Actividad**

Buscar con diligencia las posibles evidencias de la guía del Señor. En algunos pasajes incluso se menciona la palabra «inquirir», investigar. Esta fue la actitud del profeta Habacuc después de exponerle su queja a Dios (Hab. 2:1). Esperar la respuesta de Dios excluye la pasividad. Uno no puede quedarse de brazos cruzados pensando que Dios lo hará todo.

## **Paciencia**

El salmista nos declara este aspecto de la espera en un conocido versículo: «Pacientemente esperé a Jehová y se inclinó a mí... » (Sal. 40:1). La paciencia nos libra de la prisa, de la búsqueda frenética, «contrareloj» de un candidato a esposo/a. Uno de los errores más frecuentes en este asunto es la precipitación, no ir en sintonía con el calendario de Dios. El joven debe actuar como el labrador que «espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía» (Stg. 5:7). No podemos dejar que la fruta se pudra en el árbol, pero tampoco cogerla verde.

## **«¿Cómo puedo sobrellevar la soledad mientras no encuentro a la persona adecuada?»**

Esta pregunta nos lleva a otro aspecto clave: tener novio/a no es la solución mágica e instantánea al problema de la soledad. Muchas personas tienen una visión idealizada del matrimonio. Piensan que es el antídoto por excelencia para todos los problemas emocionales, en especial para la soledad. Esta idea refleja un concepto equivocado de amor porque pone un énfasis excesivo en «lo que voy a recibir y lo bien que voy a estar». ¡Algunos se acercan al matrimonio como si fuera un viaje a «disneylandia»! ¡Cuántos hombres y mujeres casados se sienten solos! «Nunca me había sentido tan sola como ahora que estoy casada» me confesaba una joven con lágrimas en los ojos en la intimidad de la consulta. Esto sucede porque la soledad no se arregla simplemente teniendo a alguien a tu lado. En realidad, la peor soledad es la que se siente cuando un muro te separa de la persona que tienes junto a ti.

Dios ha provisto un instrumento idóneo para aliviar la soledad: la amistad. El valor de un amigo/a es incalculable. Los amigos sí son un remedio para llenar el vacío afectivo de la soledad. El ejemplo del Señor Jesús mismo es bien elocuente. Fue un hombre soltero. Pero nadie osaría decir que por ello fue un ser humano incompleto o insatisfecho. Lejos de ello, fue el Hombre por antonomasia. ¿Cómo pudo satisfacer Jesús, en tanto que hombre, sus necesidades emocionales? Jesús tuvo buenos amigos. Un análisis cuidadoso de su vida nos revela cómo cultivó unas pocas amistades que le fueron refugio

y apoyo en momentos de necesidad: Lázaro, María y Marta, a cuyo hogar en Betania el Señor solía acudir para descansar; Juan, el «discípulo amado», con quien tenía una relación más cercana que con los otros apóstoles. El Señor sabía que «en todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempo de angustia» (Pr. 17:17) por ello se ocupó en desarrollar amistades buenas. Así pues, Jesús nos marca la pauta de que un soltero no es una persona de segunda clase en cuanto a realización personal y afectiva.

Un último aspecto a considerar aquí. El matrimonio provee el marco donde puede expresarse la mayor intimidad física que es la sexual. Pero la sexualidad no es, en sí misma, la mayor expresión de amor. Según palabras del Señor mismo, «nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (Jn. 15:13). El amor más grande es darse, la entrega mutua. Este es el meollo del amor, su médula, porque nos acerca al tipo de amor que Dios tiene con nosotros. Es el ágape, columna vertebral de cualquier relación madura y estable. Tal amor no es exclusivo del matrimonio; se puede experimentar también en la amistad. David y Jonatán son un buen ejemplo de ello, hasta el punto que David llegó a exclamar cuando murió su gran amigo: «Más dulce me fue tu amor que el de las mujeres». No debería, por tanto, haber lugar para el resentimiento o la frustración afectiva en una persona que no está casada. Si no has conseguido encontrar a tu futuro esposo/a, cultiva buenas amistades; descubrirás un sentido renovado de legítima autorealización y de enriquecimiento personal.

*Dr. Pablo Martínez Vila  
Médico-Psiquiatra*

## Nuestro pasado, ¿enemigo o aliado?

*El presente artículo es una adaptación del capítulo dos del libro «Psicología de la Oración» realizada por el propio autor.*

Una de las claves para una vida cristiana madura radica en tener actitudes correctas hacia nuestro pasado. Muchos creyentes no progresan adecuadamente en su fe porque están en lucha con su vida pasada. Aún sin darse cuenta, viven frenados o incluso paralizados porque no logran olvidar «lo que queda atrás» (expresión del apóstol Pablo en Fil. 3:13). Ello es así porque, junto con el temperamento, la historia personal de cada uno influye en la vivencia espiritual y en la oración en particular. Nuestra biografía, tanto lo que recordamos como lo que ya olvidamos —el subconsciente—, actuará como fuerza poderosa en nuestra relación con Dios y con los hermanos. Por supuesto que no nos influye hasta anular nuestra responsabilidad, pero tampoco podemos caer en la ilusión triunfalista de pensar que no nos afecta en absoluto. Si el temperamento es la parte más genética de la personalidad, la «materia prima» con la que venimos a este mundo, la biografía es el depósito donde se almacenan los recuerdos; es el resultado de lo que hemos hecho y de lo que nos han hecho, sea agradable o doloroso. Por ilustrarlo gráficamente, es la «maleta» con la que todos viajamos por esta vida y que se va llenando de vivencias y experiencias.

Hemos de empezar aclarando un aspecto que es motivo de frustración en algunos creyentes, especialmente los jóvenes en la fe. Piensan que con la conversión se puede partir de cero, cambiar por completo de «maleta». Desearían que el Espíritu Santo hiciera tabla rasa de su biografía y borrara de golpe todo lo que pertenece al pasado y al inconsciente. Esta forma de pensar refleja un deseo profundo, urgente, de cambio; la persona anhela ser totalmente otra, busca huir de su pasado. Sufrieron tanto en su familia, en su infancia, que lo único que desean es olvidar. Algunos lo intentan cambiando de área geográfica, incluso de país. Cuando esta movilidad geográfica es muy frecuente se conoce en psicología como el «síndrome de Marco Polo». Otros intentan cambiarse el nombre, o van de trabajo en trabajo buscando el empleo ideal. Todo ello refleja el deseo intenso de empezar de nuevo. Llegan a querer tanto este cambio total que atribuyen al Espíritu Santo un papel que no le corresponde. Su error consiste en confundir el propósito de la obra de Dios en nosotros: la meta del Espíritu Santo no es destruir un pasado, sino construir un futuro. El creyente es llamado a parecerse cada día más a Cristo, no a borrar las huellas que la genética o el pasado hayan dejado en su vida. ¡La tarea del Consolador va mucho más allá de la terapia de un excelente psiquiatra!

Sin duda las palabras del apóstol Pablo son ciertas: «Si alguno está en Cristo nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). Pero este versículo no podemos interpretarlo a nuestro antojo. ¿Significa que Dios nos cambiará el color de los ojos o la talla al convertirnos? Esta pretensión, obviamente impensable, no la sostiene ningún creyente. Y lo mismo podemos decir del temperamento o de los recuerdos. Cristo nos da una vida nueva en el sentido de que pone en nosotros una nueva naturaleza, somos engendrados «del Espíritu» (Jn. 3:6). A su vez esto conlleva cambios radicales: actitudes diferentes, una perspectiva distinta ante la vida, una dignidad nueva, un sólido sentido de la identidad personal, la esperanza de un futuro

diferente y así podríamos seguir la lista de «cosas nuevas». Ciertamente Dios nos da nuevos recursos y nuevas «salidas» (1 Co. 10:13) para sobrellevar los aspectos de nuestra «maleta» que más nos pesan. La fe es un poderoso instrumento de cambio de actitudes; pero ello no significa la eliminación de nuestro pasado y de nuestros «pesos» aquí en la tierra.

Sin duda llegará el día cuando todas nuestras limitaciones y agujones van a desaparecer, pero esto no ocurrirá hasta que estemos en el cielo nuevo y la tierra nueva, donde «las primeras cosas pasaron» (Ap. 21:4). Mientras tanto nos toca vivir en una situación de tensión. La fe es una tensión constante entre dos estados: ya no somos como antes, pero tampoco somos todavía lo que Dios y nosotros mismos queremos ser. Esta tensión entre el tiempo pasado y el tiempo futuro nos acompañará durante toda la vida cristiana. Nuestra meta aquí como discípulos de Cristo no es «estar cada vez mejor», vivir sin tensión o sin problemas. Esta sería la meta de un budista. Nosotros somos llamados a crecer más y más cada día, a la espera de aquel futuro glorioso cuando «el primer cielo y la primera tierra habrán pasado» (Ap. 21:1) y ya no existirá ningún tipo de dolor. Mientras tanto, tenemos la seguridad de que Dios nos utiliza no sólo a pesar de nuestro pasado sino a través de él. Esto lo podemos comprobar en la vida de los patriarcas y de muchos héroes de la fe.

En esta línea, la vida de José en el libro del Génesis es un ejemplo extraordinario de cómo llegar a aceptar un pasado difícil. Su biografía era una «maleta» muy pesada: nacido en una familia conflictiva (la poligamia era campo abonado para celos y tensiones familiares), huérfano de madre a los siete años aproximadamente, su padre le malcrió con una educación tan nefasta que despertó la envidia y el odio de sus hermanos. Tiene que afrontar el drama de la separación familiar a los 17 años, en plena adolescencia, perdiendo así el único vínculo de afecto que le quedaba con su padre. Completamente solo, en una tierra extraña, Egipto, sufre la calumnia que le lleva a la cárcel durante 13 años. Esquiva la muerte de forma milagrosa, primero al ser vendido a los mercaderes; luego, en el incidente con la mujer de Potifar. Una infancia y una juventud trágicas, un auténtico drama familiar y la injusticia fueron los pesados fardos de la primera etapa de su vida. Sin embargo, al repasar y evaluar todos estos acontecimientos pasados, él tenía una formidable e intensa convicción de la presencia y la dirección de Dios en su vida. Dios estaba no sólo dirigiendo sus pasos, sino también usando todas las circunstancias, buenas y malas, para cumplir sus propósitos en la vida de José. Las palabras que dirige a sus hermanos en Gn. 50:20 son un resumen memorable de esta confianza: «Vosotros pensasteis mal contra mí, pero Dios lo encaminó para bien». Y en Gn. 45:5-8 deja muy claro quién es el que dirigió su vida por encima de los actos malvados de sus hermanos: «...porque no me enviasteis vosotros aquí, sino Dios...». Es difícil leer estos pasajes sin emocionarse. Nos estremece descubrir el inquebrantable sentido que José tenía de la providencia de Dios: él permite, él dirige, él libera (ver Hch. 7:7-9). ¿Te sientes identificado con José en alguno de sus problemas? Recuerda qué grande era su Dios. Ello transformará tu oscuridad en confianza y aliviará la carga de una «maleta» pesada e injusta.

Si creemos de verdad en un Dios providente, Señor de nuestras vidas, el peso del pasado adquiere una dimensión diferente. Si Dios está con nosotros, ¿qué o quién contra nosotros? Esta es la revolución existencial y emocional del Evangelio que experimentó el apóstol Pablo. Si alguien tenía motivos para lamentar sus errores del pasado, era él: persiguió cruelmente a los creyentes y «asolaba la iglesia, y entrando casa por casa

...los entregaba en la cárcel» (Hch. 8:3). Sin embargo, un tiempo después afirmó con énfasis: «una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, me extiendo a lo que está delante» (Fil. 3:13). Sin duda, había experimentado que «a los que aman a Dios, todas las cosas ayudan a bien», o como traduce una versión inglesa (New International Version), «en todas las cosas Dios obra para el bien de los que le aman». Por tanto, en vez de luchar contra nuestro pasado, confiemos en que Dios lo va a usar para bien.

Existe la tendencia en algunos círculos- tanto cristianos como seculares- a invertir demasiado tiempo en «limpiar» el pasado. Por supuesto, la comprensión del pasado puede ser conveniente e incluso algunas veces se nos exhorta en las Escrituras a «recordar» porque ello nos ayuda a entender mejor el presente. Pero el pasado no puede paralizarnos. Como profesional de la psiquiatría he de confesar que me preocupa la cantidad de energía emocional y espiritual que algunos creyentes invierten en la curación de los recuerdos. Con mucha frecuencia este ejercicio es inútil porque no da resultados terapéuticos, y ocasionalmente puede ser claramente perjudicial.

Cuando estamos en Cristo ya no deberíamos ver el pasado como un enemigo, sino como un aliado, es decir un instrumento con el que trabajamos conjuntamente para un propósito. Lo característico de un aliado es que no necesito tener sentimientos positivos para trabajar con él. No se me pide que sea mi amigo, sino un colaborador. De igual manera, Dios no pide de nosotros que nos guste nuestro pasado doloroso, que llegue a ser un amigo, pero sí nos anima a aceptarlo como un aliado que él utiliza para cumplir ciertos propósitos de nuestra vida. Dejemos, por tanto, de luchar contra nuestro pasado porque en Cristo ya no constituye un enemigo a vencer, sino un aliado útil. Mi pasado ya fue limpiado cuando Cristo perdonó mis pecados con su sangre. Las palabras del Señor en Is. 43:18-19 son un bálsamo sanador para todos los que arrastran cicatrices de biografías difíciles: «No os acordéis de las cosas pasadas, ni traigáis a memoria las cosas antiguas. He aquí yo hago cosa nueva... Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad».

*Dr. Pablo Martínez Vila  
Médico-Psiquiatra*

## El cristiano y la televisión

### *Recomendaciones para un uso sin abuso*

Se dice que es más fácil encontrar una casa en la que falte el pan que una casa sin televisor. Esta afirmación no se puede tomar al pie de la letra, pero refleja bien la escala de valores de muchas familias: prefieren antes comer peor que prescindir del televisor. La televisión se ha convertido en elemento imprescindible para el «funcionamiento» familiar. El extraño silencio que deja una televisión averiada en la casa produce incomodidad, como si estuviera ausente un elemento vivo de la familia. Protagonista destacado a la hora de comer, «invitado especial» todas las noches, compañero imprescindible los fines de semana, su ausencia llega a crear verdaderos síndromes de abstinencia, como si de una droga se tratara.

¿Droga? Sí, ahí está la clave de nuestro tema. El problema no es el uso sino el abuso de la televisión. El enfoque correcto no debe ser: «¿la televisión es buena o mala?» Como muchos otros instrumentos técnicos, la televisión en sí misma no es ni buena ni mala, sino que depende de cómo se use. Un mal uso puede tener consecuencias muy negativas para la salud de la persona, y no solamente de los niños. El profesor Alonso Fernández, destacado psiquiatra español, decía en una conferencia titulada «Televisión y salud mental»: «Todo plan nacional de salud mental debe incluir el adecuado funcionamiento del ente televisivo como una de sus prioridades absolutas». Casi todos habremos experimentado alguna vez la dificultad para levantarnos del sillón cuando estamos enfrente del televisor. Es como si nos «enganchara». Los expertos hablan de un estado de anestesia o hipnosis televisiva que no permite al sujeto alejarse de la pantalla. Sólo ciertas personas con fuerza de voluntad se liberan de esta experiencia de enganche. Así que, *el problema no es la televisión, el medio en sí, sino lo que hacemos con ella.*

Al principio, con la aparición de los primeros receptores, no pocos creyentes consideraban una falta de espiritualidad tener televisor. Mirar la televisión y ser carnal eran una misma cosa. La idea de que el demonio «entraba» en las casas a través de los programas era su principal argumento. ¿Estaban equivocados aquellos creyentes de hace cuarenta años? Por supuesto que sí, en tanto que televisión y demonio no son sinónimos. Pero su postura tenía un trasfondo correcto al entender que la televisión es un medio de penetración formidable de la forma de ser de este mundo. La secularización entra por todos los poros de la vida del creyente, y el medio televisivo no es una excepción. Para un joven creyente hoy es mucho más fácil imitar a sus «ídolos» de «Operación triunfo» que a Cristo. Es simplemente una cuestión de porcentajes de influencia. Si un creyente pasa tres horas diarias frente al televisor (el promedio en España gira en torno a las 3 horas por día), ¿cuántos minutos recibe de influencia espiritual?. El televisor no es el diablo, ni siquiera es del diablo, pero puede llegar a ser instrumento favorito de influencia por parte del diablo. Observemos con atención las declaraciones de Lolo Rico, escritora, exdirectora de programas infantiles de TVE: «La pequeña pantalla dictamina e impone sus modelos, impartiendo criterios -se siguen a rajatabla- sobre el mundo y la mejor manera de existir en él. Se ha convertido en la madre subsidiaria que distribuye afectos, ordena inclinaciones y asigna gustos y aficiones como es propio de la maternidad». Estas palabras cobran especial valor

viniedo de alguien que conoce a fondo la capacidad de influencia del medio televisivo. Rico, autora del libro «El buen espectador» (Espasa Calpe, 1994) afirma de modo concluyente: «La televisión es el medio más manipulador y más manipulable».

Consideremos, ante todo, los **valores positivos**. En primer lugar, la televisión puede ser un buen instrumento de *información*. Las capacidades técnicas de nuestros días son tan impresionantes que se ha hecho plena realidad la idea del sociólogo Mac Luhan del mundo como una «aldea global». Para el creyente esto tiene una dimensión muy buena. Si queremos «examinarlo todo y retener lo bueno», tal como nos exhortaba el apóstol Pablo, necesitamos información. El cristiano no puede vivir encerrado en la seguridad de su iglesia local, aislado del mundo. Necesitamos conocer y auscultar bien las realidades que nos rodean. Si queremos que nuestro mensaje sea relevante para el mundo, hemos de ser capaces de tener un ojo en el periódico y otro en la Biblia como apuntaba el teólogo Kart Barth. Nosotros parafraseamos su frase y la aplicamos a la televisión: hemos de saber ver lo que ocurre en nuestro mundo. Y necesitamos interpretar estas realidades con los ojos y la mente de Cristo.

Algo parecido podríamos decir, en segundo lugar, del potencial pedagógico e incluso terapéutico de la televisión. Este potencial ha aumentado en la medida que la televisión vía satélite proporciona un abanico de posibilidades aun más amplio. Los programas documentales pueden ser un instrumento de *formación* adecuado. El beneficio cultural de ciertos contenidos es enriquecedor. En este sentido, el vídeo constituye un elemento imprescindible en cualquier institución docente, ¡incluidos los seminarios teológicos! Igualmente, en un hogar de ancianos el televisor puede ser un medio de apoyo psicológico excelente. Podríamos mencionar también su valor como instrumento sano de *distracción*. A veces ciertos programas sirven para desconectar de la tensión diaria cuando se llega a casa. Para algunas personas tiene una función de relax, es como un lavado de cerebro que les ayuda a olvidar los problemas del día. ¡Algunos incluso lo utilizan como somnífero! Hay, por tanto, aspectos positivos que hemos de potenciar. En este sentido podríamos comparar la televisión con un antibiótico: administrado a las dosis adecuadas, por la vía adecuada, y en el momento adecuado puede ser de gran beneficio.

Pero de la misma manera que un antibiótico es susceptible de abuso y entonces sus efectos son perjudiciales, lo mismo ocurre con el televisor. ¿Cuáles son los peligros principales de la televisión? Empezaremos considerando los **efectos negativos** que derivan de la «dosis», la cantidad de horas de consumo de televisión.

El *abuso de tiempo* delante del televisor nos plantea *tres graves consecuencias* tanto para el niño como para el adulto. En primer lugar, es una forma pasiva de ocio que reprime la creatividad y la imaginación. La televisión implica muy poca participación, a diferencia, por ejemplo, de la lectura. No estimula la *creatividad*, una facultad indispensable para los niños y terapéutica para los adultos. Esto es vital porque el ser humano, hecho a imagen y semejanza de Dios, ha nacido para crear. La atrofia progresiva de la creatividad humana lleva a una generación de personas sin criterio, despersonalizadas. Hay algunas formas de ocio -la lectura, la música- que promueven la imaginación. Cuando éramos niños y leíamos «El gato con botas», o «Robinson Crusoe» en la adolescencia, podíamos dar rienda suelta a nuestra imaginación y ello fomenta la creatividad. Este elemento le falta al televisor. La participación es pasiva. En la televisión es difícil ser actor y espectador a la vez. Éste es uno de los grandes riesgos de una sociedad tan centrada en la imagen: perder la imaginación creativa, la fantasía.

En segundo lugar, la mayoría de los programas tiene un *efecto absorbente*. Es el estado de hipnosis televisiva a la que nos referíamos al principio. Veámoslo con un ejemplo curioso. Si uno de nosotros intenta leer el periódico cuando el televisor está encendido, es muy probable que terminemos cerrando el periódico y mirando el programa. Hay un efecto de atracción, de seducción que capta la atención de la persona. Por ello, muchos encuentran muy difícil apagar el televisor antes de que acabe el programa iniciado. Es un efecto parecido al de la droga: cuanto más la miras, tanto más necesitas seguir mirándola. Me confesaba un amigo cómo decidió vender su televisor porque era incapaz de controlar el número de horas delante de la pantalla y ello había arruinado su hábito de lectura. «La televisión ha empobrecido mi vida», me decía un poco avergonzado.

Este efecto de hipnosis puede llegar a convertir la televisión un una *forma de huida*, un instrumento para no pensar, un verdadero lavado de cerebro. Ya hemos hablado alguna vez de un fenómeno preocupante: la introducción de aparatos de televisión en hospitales. La enfermedad es probablemente el último reducto que le queda al hombre hoy para pensar y encontrarse consigo mismo. La televisión en la habitación del enfermo entorpece una de las oportunidades más fecundas de reflexión como es el sufrimiento. Cuando la distracción anula la reflexión, la persona y la vida se trivializan, haciéndose cada vez más superficiales.

En tercer lugar, el problema por excelencia de la televisión es la *alteración en la vida familiar*. En este aspecto ha venido a ser como un *intruso* que ha alterado profundamente las formas y hábitos de comunicación dentro de la familia. En una encuesta realizada en los Estados Unidos, se hizo una pregunta a niños entre cuatro y seis años: «¿A quién quieres más, a papá o a la televisión?» La respuesta, muy inquietante, fue que el 44% de los niños preferían la televisión antes que a su padre. Sus argumentos eran conmovedores: «La televisión siempre está en casa, mientras que papá no está nunca». «Mi televisión está disponible siempre que quiero, mientras que mis padres están siempre ocupados».

Queremos destacar un peligro particularmente importante: La televisión *a la hora de la comida*. En las generaciones de nuestros padres y abuelos, los problemas familiares se ventilaban a la hora de comer. «Ya hablaremos en la comida», era una frase sencilla, pero extraordinariamente rica. La comida ofrecía un foro natural donde padres e hijos, esposo y esposa hablaban con espontaneidad de los avatares de la jornada. Hoy en día alrededor de la mesa ya no se habla, sólo se oye la voz del intruso, de la «abuela electrónica» que ha invadido la intimidad familiar. Muchas tensiones podrían aliviarse si el televisor estuviera apagado a la hora de comer. Muchos jóvenes me han compartido cuánto odiaban el televisor porque les había robado a sus padres, les había despojado del único momento de comunicación con ellos. Frases parecidas las he escuchado de labios de esposas y esposos en relación con sus cónyuges. ¿Tan difícil es apagar la televisión durante las comidas? ¿Es que hay miedo de enfrentar con naturalidad los conflictos del día? Nuestra recomendación encarecida, y muy sencilla, es que ninguna familia debería tener la televisión encendida a las horas de las comidas. Es más, el aparato de televisión debería estar ubicado, a ser posible, en otra habitación de la casa. Por desgracia, las reducidas dimensiones de las viviendas actuales no permiten muchas veces esta posibilidad. Pero habría que hacer lo posible por salvaguardar la hora de la comida como momento supremo de comunicación familiar.

Un problema relacionado con el anterior es la «guerra de los canales» entre los miembros de la familia. El padre quiere ver un programa, el hijo se enfada porque desea otro, y la madre protesta porque su programa nunca se le respeta. Estas tensiones familiares por la oferta televisiva se han solucionado en Estados Unidos de una manera muy práctica: cada miembro de la familia, incluso los adolescentes, tiene su propio aparato en el dormitorio. De manera que al silencio durante las comidas se le suma el *aislamiento* el resto de horas en casa. Así, la habitación se convierte en un castillo fortificado que fomenta el individualismo. La interferencia de la televisión en la vida familiar no es ajena a los altos niveles de individualismo de nuestra sociedad. ¿Dónde están aquellas reuniones familiares, aquellas tertulias espontáneas que enriquecían a generaciones pasadas? ¿No será que la televisión está influyendo poderosamente a engendrar familias-pensión?

Éstos son sólo algunos de los peligros. A modo de reflexión, preguntémonos con sinceridad: ¿Cuántas horas al día dedico a la televisión? ¿Cómo ha alterado esto mi vida familiar? ¿Me es fácil levantarme y apagar la televisión o me quedo «enganchado» con facilidad? ¿En mi casa es la televisión sólo un mueble o se ha convertido en la tirana de la familia? Todas estas preguntas pueden ser un pequeño test para valorar si nuestra relación con la televisión es de uso o de abuso.

Otro tipo de **efecto negativo** es el derivado del *contenido* de los programas. La televisión imparte ideología, transmite una manera de ver la vida. La forma de pensar, los valores de la sociedad quedan plasmados en cada película, en cada anuncio publicitario. De ahí el valor estratégico que la televisión puede tener para una comprensión adecuada del mundo que nos rodea. El cristiano no puede cerrar los ojos ante el televisor y decir «esto no me interesa»; por el contrario, los ha de abrir bien para percibir, entender y reflexionar sobre las necesidades de aquellos a los que queremos predicar el Evangelio. Saber mirar la televisión es muy conveniente para una evangelización relevante. La respuesta adecuada a la secularización de nuestra sociedad pasa por una percepción profunda de las enfermedades de esta sociedad. Y la televisión es un escaparate formidable de las dolencias sociales de nuestro mundo contemporáneo.

Miremos, pues, la televisión con la mente de Cristo. Cada vez que encendemos nuestro receptor, a los creyentes se nos brinda una oportunidad para comprobar si de veras tenemos esta mente de Cristo. En la práctica, ello requiere saber interpretar la información recibida de acuerdo con los valores del Evangelio. En otras palabras, para ver correctamente la televisión el creyente ha de usar unas gafas correctoras, que podríamos llamar la *cosmovisión cristiana*. *No luchemos contra la televisión, luchemos a favor de una cosmovisión cristiana de la vida. Nuestros esfuerzos no han de ir encaminados tanto a reprimir -dejar de ver- como a promover -enseñar a ver-*. Estas «gafas correctoras» nos permitirán captar los mensajes que hay detrás de cada película, detrás de cada anuncio publicitario o de cada debate. Esta actitud crítica nos permitirá una transformación de la información. Éste es el mensaje básico de Ro. 12:1-2, mensaje que hemos de aplicar a la vida diaria. Ponernos a mirar un programa sin «gafas» nos deja expuestos al mimetismo, a la manipulación y, en último término, a la secularización.

«Señor, enséñanos a mirar la televisión con sabiduría; enséñanos a *dosificar* y *discernir* para examinarlo todo y retener lo bueno».

*Dr. Pablo Martínez Vila  
Médico-Psiquiatra*

## Tengo dudas... ¿Soy realmente cristiano?

Esa es la pregunta que inquieta a muchos creyentes sinceros. Un día conocieron el Evangelio; aceptaron su mensaje como la verdad suprema; reconocieron a Jesucristo como su Salvador y Señor, y desde entonces han procurado servirle lo más fielmente posible. A pesar de todo, en muchos momentos su fe parece debilitarse envuelta en nubes de incertidumbre y ello les produce perplejidad y torturador desasosiego. ¿Puede un creyente auténtico dudar de lo que ha venido a ser lo máspreciado de sus convicciones? ¿Acaso la paz y el gozo que la fe le ha reportado se debe a una ilusión? Las preguntas de este tipo podrían multiplicarse. Salta a la vista que son de una importancia vital y que vital es analizar y resolver el angustioso problema que plantean, máxime si se tiene en cuenta el juicio poco favorable que algunos textos bíblicos presentan del hombre que duda (Mt. 14:31; Lc. 8:25; Lc. 24:25; Stg. 1:6). Pero asimismo es conveniente tener ideas claras sobre la duda en sí, sus causas y su remedio.

### Significado de la duda

Dos son los verbos que se traducen por «dudar»: diakrino y distazo. El primero, en el Nuevo Testamento, significa generalmente «vacilar», el segundo, «estar dividido». Ambos sugieren la idea de oscilar entre dos pensamientos. Esa oscilación impele a una reflexión crítica, a un análisis o juicio (ése es otro de los significados de diakrino en el griego clásico) de las alternativas que la duda plantea. Es demasiado torturador vivir siempre en el crepúsculo de la incertidumbre. Pero ese conflicto no es en sí un mal, y menos un pecado. Es normal en el ser humano, dotado de capacidad mental para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre lo bueno y lo malo. Se ha dicho con razón que la duda acompaña al pensamiento como la sombra al cuerpo. Si esto es así -y creemos que lo es- puedo adelantarme a Descartes y decir: «Dudo, luego pienso»; y acto seguido añadir con él: «Pienso, luego existo». Ambas afirmaciones son ciertas. Y su correcta interpretación puede ser la clave del progreso en todos los ámbitos del pensamiento humano, el pensamiento cristiano incluido.

Que la duda es una experiencia universal apenas necesita demostración. En el fondo tenía razón Unamuno cuando hiperbólicamente afirmaba que «pensar es dudar y nada más que dudar». Dudan el débil y el poderoso, el rico y el pobre, el sabio y el inculto, el ateo y el creyente. Entre los representados por este último tipo hallamos eminentes personajes bíblicos. Abraham «creyó a Dios» (Gn. 15:6), pero su fe necesitaba pruebas o señales para sostenerse (Gn. 15:8). Sara, su mujer, fue más transparente, y ante el anuncio de que en su vejez concebiría y daría a luz un hijo, «se rió» pensando que el cumplimiento de tal promesa era del todo imposible (Gn. 18:12). Jacob vacila entre su confianza en Dios y el temor a la venganza de su hermano Esaú (Gn. 32). Jeremías ha experimentado el poder de Dios y de su palabra, y confía en él; pero la rebeldía de su pueblo le atormenta hasta el punto de prorrumper en quejas y lamentos contra Dios (Jer. 12:1-3). En la confusión de su mente emerge con fuerza la duda. Una experiencia semejante tiene Habacuc. ¿Acaso no brotaban de sus dudas las preguntas que ponían en tela de juicio la actuación de Dios? (Hab. 1:12-17). Y en el Nuevo Testamento encontramos igualmente ejemplos de creyentes fieles que dudaron: Pedro (Mt. 14:31), Juan el Bautista (Mt. 11:2-3), los discípulos del Señor después de su resurrección (Mt. 28:17; Lc. 24:37-38), Y la incredulidad de Tomás (Jn. 20:24-25) ¿no fue una crisis de fe provocada por la duda?

Todos estos ejemplos nos muestran que ningún cristiano está completa y definitivamente libre del conflicto entre el creer y el no creer, entre aceptar sin titubeos la palabra de Dios y admitirla a medias, con reservas, al menos provisionalmente. Esta experiencia en sí puede no tener nada de pecaminoso; pero encierra el peligro de que, si se prolonga, acabe debilitando nuestras convicciones y nuestra voluntad, con peligro de caer en la incredulidad y la desobediencia a Dios. No olvidemos que el primer pecado en el mundo tuvo su origen en una duda: la de Eva cuando la serpiente le sugirió la posibilidad de que no fuese verdad lo que Dios había dicho (Gn. 3:1).

Resumiendo, podemos decir que la duda, en su sentido neutro, es una actitud mental de incertidumbre ante un concepto, una palabra, un hecho o una persona. Esa actitud puede resolverse con un afianzamiento en lo que se cree o con una inclinación al escepticismo, incluso a la negación de aquello que antes se ha dado por cierto. Cuando se trata de cuestiones espirituales, la duda puede tener un carácter de prueba que acaba con el robustecimiento de la fe. Pero también puede ser una tentación maligna; ceder a ella siempre tiene efectos desastrosos.

### **Las dudas más comunes**

Prácticamente, en su totalidad, pueden incluirse en alguno de los grupos generales que indicamos seguidamente con indicación de las preguntas que más frecuentemente generan:

#### ***1. Dudas de tipo intelectual***

Tienen que ver con la existencia y el carácter de Dios, con su bondad, su providencia. ¿De veras es justo y misericordioso? Si lo es, ¿por qué permite la maldad de los impíos y el sufrimiento de los justos?

Otras veces surgen de la lectura y estudio de la Biblia, de determinados problemas que plantean algunos de sus textos, o de las conclusiones expuestas por los críticos que con sus teorías socavan la veracidad y autoridad de las Escrituras.

#### ***2. Dudas de tipo existencial***

Tienen su origen en circunstancias adversas: pobreza, enfermedad, inseguridad económica, sufrimiento por crueles desengaños, pérdida de seres queridos, soledad, ancianidad en situación de abandono. ¿Por qué, Señor, por qué? ¿Cómo creer en la promesa «No te dejaré ni te desampararé» (Jos. 1:5; He. 13:5)?

#### ***3. Dudas de origen espiritual***

¿Puede un Dios tan grande preocuparse de mí, tan insignificante y despreciable? ¿Realmente escucha Dios mis oraciones si no veo respuesta alguna? ¿Puedo considerarme cristiano si todavía estoy lleno de defectos y no logro librarme de algunas de mis debilidades?

#### **4. Dudas por causas anímicas**

La medicina psicosomática nos muestra la estrecha relación que existe entre el organismo físico y la mente y cómo se influyen recíprocamente. Y la experiencia ha puesto de manifiesto que el estado psíquico asimismo influye en el espiritual, a menudo con efectos negativos. En muchos casos las dudas se acrecientan cuando la persona está deprimida, pues todo, aun lo más sagrado y querido, lo ve envuelto en una persistente niebla.

Cualquiera que sea el tipo de duda que nos asalte, es importante tratar de resolverla, pues si se prolonga demasiado puede debilitar peligrosamente nuestra vida espiritual.

#### **Qué hacer con las dudas**

En el primer punto de este artículo hemos incluido a Juan el Bautista entre los personajes bíblicos que en algún momento de su vida se vieron asaltados por la duda. Juan se hallaba preso en la fortaleza de Maqueronte mientras Jesús anunciaba el advenimiento del Reino de Dios y obraba maravillas. Pero si Jesús asombraba al mundo con su predicación y sus actos poderosos, ¿por qué no ponía fin a la injusticia de su encarcelamiento? El precursor empieza a dudar. ¿Era Jesús realmente el Mesías que él mismo (Juan) había presentado (Jn. 1:19-23; Jn. 1:26-27) o se había equivocado al hacerlo y debían «esperar a otro»? Juan hizo lo más sensato para poner fin a ese interrogante torturador: llevó su duda a Jesús por medio de dos de sus discípulos (Mt. 11:2-3). Y Jesús no le defraudó. No contestó con un «sí» o un «no». Simplemente pidió a los dos enviados que contaran al acongojado preso los prodigios que estaba obrando Jesús (Mt. 11:4-6). Pero sin duda esto era suficiente. Aunque él, Juan, no acabara de entender el porqué de su encarcelamiento, si Jesús realmente estaba haciendo tan grandes milagros, no cabía la duda; era el Cristo Salvador.

Lo mismo debe hacer todo creyente cuando sufre a causa de sus dudas: llevarlas al Señor, lo que es factible mediante la oración. Él puede, por medio de su Espíritu y a través de su Palabra, iluminar nuestro entendimiento y tranquilizar nuestro espíritu de tal modo que las dudas desaparezcan o por lo menos queden arrinconadas y adormecidas en algún sótano de nuestra mente. En algunos casos el problema quizá no se resolverá de ese modo, directamente. Entonces puede resultar eficaz la mediación humana, como en el caso de Juan. La exposición de nuestra duda -o dudas- a una persona espiritualmente madura, experimentada (un buen pastor puede ser la más indicada), suele ser muy iluminadora. La luz de la conversación puede disipar la niebla de la incertidumbre. Puede darnos razones convincentes para afirmar nuestra fe sobre los fundamentos cristianos más sólidos y, sobre esos fundamentos, ir consolidando la estructura de nuestras creencias. Pese a su escepticismo, Alberto Camus tenía razón cuando decía que «al que busca le basta una certeza. Se trata solamente de sacar de ella todas las consecuencias». Algunos ejemplos: si acepto la fiabilidad y la autoridad de la Biblia en su conjunto, no me turbará demasiado el problema que halle en alguno de sus pasajes. Si doy por cierto que Dios es justo y misericordioso, no me inquietarán los misterios de su providencia. Si considero probada la resurrección de Cristo, ¿por qué dudar de mi resurrección en el día de su segunda venida? Si estoy seguro del valor expiatorio de la muerte de Cristo, no dudaré de que «su sangre me limpia de todo pecado», con lo que desaparecerá la tortura de los sentimientos de culpa. De este modo se robustece la fe y se debilitan las vacilaciones.

La superación de las dudas y la confirmación de la fe deben ser la aspiración de todo verdadero cristiano en un proceso de consolidación espiritual. En muchos casos, al principio se comienza con una fe escasa, débil. En los evangelios hallamos varios ejemplos de «poca fe» (Mt. 6:30; Mt. 8:26; Mt. 14:31; Mt. 16:8; Lc. 12:28), o de fe agonística en lucha contra el descreimiento y la desconfianza (la del padre del endemoniado epiléptico que ante Jesús exclama: «Creo, Señor, ayúdame en mi incredulidad» (Mr. 9:23-24). Pero en otros textos del Nuevo Testamento también se hace referencia a una fe creciente (2 Co. 10:15; 2 Ts. 1:3), que puede conducir a una fe fuerte o, lo que es lo mismo, a la plena certidumbre de fe (He. 10:22). Fue el caso de Abraham, quien finalmente «creyó en esperanza contra esperanza... y no se debilitó en la fe... Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe dando gloria a Dios» (Ro. 4:18-20).

A esta sólida certidumbre debe aspirar todo creyente. Y a ella puede llegar si sigue el camino que hemos indicado, por más que, aun después de alcanzada, todavía alguna vez revoloteen dudas en torno a su mente. Como decía Spurgeon, no podemos evitar que los pájaros vuelen sobre nuestra cabeza, pero podemos evitar que hagan su nido en ella.

*José M. Martínez*

## Buscar y ser modelos

Prácticamente todo ser humano tiende a idealizar a algún otro al que, por sus características, admira. Ve en él –o en ella- el tipo de persona que a él le gustaría ser. Las preferencias varían según la idiosincrasia y los gustos o inclinaciones de cada uno. Para el adolescente aficionado al fútbol su modelo, al que desearía parecerse un día, será un Ronaldo, un Raúl, un Beckham. Quienes admiran estrellas que refulgen en el mundo de la canción, el cine, el teatro o la televisión hacen de sus figuras famosas un ídolo, y en algunos casos intentan iniciar la misma carrera. Multitud de amantes de alguna de las bellas artes, iniciados en ella, tienen su principal fuente de inspiración en las obras de los grandes maestros que les han precedido. Otro campo de modelos -muy extenso en nuestros días- es el de la estética relativa al cuerpo y a su indumentaria, como puede verse en la nutrida concurrencia de curiosos que acuden a ver figuras esbeltas, femeninas o masculinas, desfilando por una pasarela. Con frecuencia las prendas exhibidas por los modelos vienen a ser poco después las prendas de moda («modelo» y «moda» pertenecen a la misma familia etimológica), por más que en algunos casos la moda resulte extravagante o indecorosa.

### Tipos de modelos

Los hay de todas clases. Hay modelos físicos, como los ya mencionados, y modelos morales. En muchos de los primeros se da preferencia a la robustez. Su prototipo es el atleta; lo que suele promover el culto al cuerpo. Pero también tiene multitud de seguidores el hombre o la mujer que ofrece a los ojos un mayor atractivo sensual. Sansón sería ejemplo del tipo atlético; los mitológicos Adonis y Afrodita lo serían del carnal. Del tipo atlético podemos emitir un juicio favorable con reservas, pues el ejercicio físico vigoriza el organismo si se mantiene dentro de unos límites; pero es nocivo si en vez de fortalecer razonablemente el cuerpo, lo castiga y desgasta prematuramente. En cuanto al tipo sensual lo más destacable es su capacidad no sólo de causar admiración, sino de seducción, con todo lo que ésta conlleva. Dalila o Cleopatra son ejemplos, tan elocuentes como poco ejemplares, de tal modelo.

Los de tipo moral no siempre son loables. Caracteres y comportamientos como los de un Nerón o un Judas no tienen nada de modélico. Pero también ha habido incontables personas que se han distinguido por sus virtudes y su influencia bienhechora, por su probidad, su dedicación abnegada a causas nobles, su capacidad de sufrimiento en defensa de elevados ideales, su perseverancia infatigable en el trabajo propio de su vocación. Entre tales personas se encuentran los filántropos, los educadores, los defensores de la dignidad humana, los reformadores de los sistemas políticos y sociales, empeñados en avanzar hacia la meta de un mundo más justo, más solidario, más amable; por consiguiente, más feliz. Y, aunque pueda parecer presuntuoso por nuestra parte, en ese campo sobresalen las grandes figuras de la Iglesia cristiana: apóstoles, mártires, misioneros, pastores, maestros, fundadores de entidades benéficas y una pléyade de cristianos humildes que, sin haber llegado a ser héroes o haber realizado grandes obras, sin ser un David Livingstone, un Enrique Dunant (fundador de la Cruz Roja) o un Martin Luther King, en su sencillez y en la oscuridad del anonimato, han brillado por la solidez de su fe, por su fervor espiritual y por la coherencia de su vida, dechado de cristianismo práctico. Estas características han hecho de ellos canales de bendición y estímulo para otros.

### Los modelos cristianos a la luz de la Escritura

Entre todos, sobresale el único perfecto que ha existido en el mundo: nuestro Señor Jesucristo. En su carácter y en su conducta él fue sin mancha (He. 4:15). Nadie pudo acusarle de pecado (Jn. 8:46). Tal como aparece en los Evangelios, fue ejemplo incomparable de humildad, de integridad, de fortaleza moral, de amor sin límites, de abnegación. Sin permitirse jamás una falsa modestia, fue consciente de su perfección, que no ocultó. Por eso instó a sus discípulos a ver en él el modelo por excelencia que debían imitar (Jn. 13:15; Mt. 11:29).

Sucede, sin embargo, que la perfección de Jesús nos anonada. Como modelo es insuperable; pero nosotros somos tan imperfectos que nunca podremos ser como él. Tampoco se nos pide eso. No somos llamados a ser pequeños cristos. Lo que de nosotros se espera es que seamos semejantes a él, «transformados a la misma imagen» (2 Co. 3:18); que, a pesar de nuestros defectos y debilidades, se vean en nosotros claramente, con suficiente relieve, los rasgos característicos del Maestro; que también de nosotros pueda decirse lo que un día se dijo de los primeros discípulos: «Se ve que han estado con Jesús» (Hch. 4:13). En la comunión con él, hemos de quedar impregnados de su fragancia moral, fragancia que, a través de nosotros, ha de ser percibida por cuantos nos rodean. Esto sí es posible. Y cuando tal maravilla se produce, el cristiano también viene a ser un modelo para otros. El apóstol Pablo dijo: «Sed imitadores de mí, así como yo lo soy de Cristo» (1 Co. 11:1; 1 Co. 4:16; Fil. 3:17; Fil. 4:9). El término más frecuente en el Nuevo Testamento traducido por «modelo» o «ejemplo» es *typos*, que originalmente significaba la marca producida por el golpe de un objeto sobre otro. Pablo se convirtió en modelo a causa del fuerte impacto espiritual que Cristo produjo en él. Podríamos decir que nuestra calidad de modelos es proporcional a la fuerza con que el Señor nos «golpea» mediante la grandiosidad de su persona y su obra.

A juzgar por sus escritos, Pablo puso el máximo empeño en ser un modelo digno de su Señor, de modo que otros vinieran a ser igualmente modelos. De ahí la prioridad que dio en su ministerio a la formación de otros (2 Ti. 2:2). Las enseñanzas que impartía no eran sólo luz para la mente. Eran cincel que labraba la personalidad de futuros guías de las iglesias para reproducir en ellos la imagen moral de Cristo. De este modo los modelos se iban formando en cadena y con rapidez. Ya en días de la iglesia apostólica había numerosos líderes que, por su ejemplaridad, debían ser imitados (He. 13:7). Y la «cadena» se ha prolongado hasta nuestros días. Muchos de nosotros nos sentimos deudores respecto a siervos de Dios y creyentes maduros, aunque imperfectos, que nos han precedido en el pasado. Lo que ellos fueron, lo que hicieron, el modo como vieron su fe y sirvieron a Cristo es un reto poderoso para nuestra conciencia. Constituyen un llamamiento a andar en sus pasos. La mejor forma de pagar nuestra deuda para con nuestros modelos humanos es la imitación. Pero teniendo en cuenta que imitar no es copiar. Yo no puedo ser una copia -y menos un clon- de mi modelo. Debo seguir siendo yo, con las características propias de mi identidad. Imitar es, con la ayuda de Dios, reproducir las virtudes, no las peculiaridades particulares, intransferibles, de la persona -o personas- escogida/s para modelar mi fe y mi modo de vivir.

Ese mimetismo debe ser aspiración de todo cristiano, de modo tal que él mismo venga a ser un buen modelo. De hecho, aun sin proponérselo, todos somos ejemplos para quienes nos rodean. Ejemplos edificantes o ejemplos perniciosos. Podemos serlo de fidelidad, de celo en el servicio cristiano, de paciencia, de longanimidad, de amor, de entrega abnegada. Pero también de superficialidad espiritual, de tibieza, de incoherencia, de egocentrismo, en una palabra, de desobediencia Señor (He. 4:11), con lo que fácilmente nos convertimos en piedras de tropiezo para los débiles. Sólo en el primer caso se es verdaderamente modelo cristiano. A ello somos llamados. Urge remediar la escasez de buenos modelos que se observa en la Iglesia de hoy.

Reiteremos en conclusión: debemos buscar modelos dignos que nos ayuden a ser modelos influyentes para bendición de muchos.

*José M. Martínez*

## La gratitud, una virtud olvidada

*«Y los nueve, ¿dónde están?»*

Suele decirse que de bien nacidos es el ser reconocidos. Y, generalmente, se admite que la gratitud es un signo de nobleza y dignidad. Pese a ello, lo que parece prevalecer en nuestro mundo no es el agradecimiento, sino su antónimo: la ingratitud. Ejemplo patético de ello lo hallamos en el relato de Lucas sobre los diez leprosos sanados por Jesús (Lc. 17:11-19).

La narración se hace más vívida e impresionante si recordamos lo horrible de la lepra en días del primer siglo. No sólo era repugnante, destructiva e incurable. Era también temible por sus efectos sociales. El leproso debía ser aislado de su familia y del resto de la sociedad, aunque frecuentemente en compañía de otros leprosos. Tan rigurosa era la prohibición de contacto físico para evitar el contagio que, cuando alguien se acercaba al desdichado, éste había de avisar gritando: ¡Inmundo! para que nadie se le acercase. Padecer tan horrorosa enfermedad era prácticamente vivir una prolongada experiencia de muerte, de la que sólo la muerte misma podía librar. Ningún médico humano tenía capacidad para poner fin a tan horrible azote. Pero un día diez de tales leprosos tuvieron un encuentro con Jesús. No se nos dice cómo le reconocieron ni qué conocimiento tenían de él; pero evidentemente sabían que era un Maestro hacedor de maravillosas curaciones. ¿Podría sanarlos a ellos? No se detienen en razonamientos y especulaciones. Sin pérdida de tiempo, claman a él: «Ten misericordia de nosotros». Jesús les dice que vayan a mostrarse a los sacerdotes para que acrediten su curación. Ellos obedecieron y, «mientras iban, fueron limpiados». ¡Sorprendente! Pero más sorprendente aún es el final del acontecimiento. «Uno de ellos (samaritano), viendo que había sido sanado, volvió glorificando a Dios a gran voz y se postró en tierra a los pies de Jesús dándole gracias. Jesús le preguntó: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los otros nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?»

¿Tiene alguna explicación el comportamiento de los nueve? ¿Qué hicieron después de verse sanados? Probablemente, tras la acreditación de su sanidad por algún sacerdote, correr a sus casas respectivas para abrazar a sus seres queridos, lo que en sí habría sido loable. O tal vez empezaron a planear y decidir su nueva vida con posibilidades insospechadas. Volvían a ser ciudadanos normales, por lo que tenían que reorganizar sus actividades sin demora. Pero cualquiera que fuese la explicación, quedaba sin justificación el hecho de no volver inmediatamente al lugar en que se habían encontrado con Jesús para darle las gracias por el maravilloso milagro obrado en ellos. No podía ser más innoble y egoísta su orden de prioridades.

Desgraciadamente los nueve desagradecidos han tenido multitud de imitadores a lo largo de los siglos. En un momento dado de su vida se han visto sorprendidos por algún beneficio inesperado. Lógicamente, se han alegrado; pero no se han detenido a pensar en la causa de tal experiencia. Muchos la atribuyen a la suerte, casi divinizando al destino o a la vida misma. Más de una vez hemos oído decir: «La vida me ha dado muchas alegrías», sin pensar que la vida es solamente el camino por donde transitamos, y que lo que a lo largo de ella recibimos lo debemos o a circunstancias determinadas (controladas por Dios) o a personas de nuestro entorno; en último término, a Dios mismo.

¿Por qué esa resistencia a reconocer en Dios y su amor la causa de nuestros momentos felices, la fuente de innumerables bienes? El hijo pródigo descrito por el poeta Rilke es un hombre que no quería ser amado porque ese don le exigía agradecimiento, lo cual le parecía una forma de esclavitud insufrible. Y no quería amar a otros para no forzarlos a tener que estarle agradecidos. ¿Podría pensarse en un egocentrismo antisocial más refinado?

La gratitud no humilla ni esclaviza a nadie. Lo que nos esclaviza es nuestro orgullo. La gratitud es manifestación de magnanimidad, grandeza de espíritu. Según la Real Academia, es «sentimiento que nos obliga a estimar el beneficio o favor que se nos ha hecho o querido hacer, y a corresponder a él de alguna manera». ¿Qué hay de indeseable en esa estimación y en esa correspondencia? Los antiguos griegos veían en la gratitud *eumnemia*, buena memoria de los beneficios. Esa memoria prolonga el goce de los mismos. Además, entre la persona que da y la que recibe se establece una comunión de sentimientos que se entrelazan y enriquecen la personalidad de ambas. Renunciar a tal comunión puede ser indicativo de ruindad moral. En ella caen quienes corresponden al don o el favor recibido con indiferencia o incluso con enemistad. No exageraba Séneca cuando decía que «nuestros más capitales enemigos lo son no sólo después de haber recibido beneficios, sino precisamente por haberlos recibido». ¿Inexplicable?

Para el cristiano, el deber de la gratitud es claro e indeclinable. Le es impuesto por la Palabra de Dios. El apóstol Pablo exhortaba a los Efesios a vivir gozosamente «dando siempre gracias por todo al Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef. 5:19-20). A los Tesalonicenses les instaba a «dar gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1 Ts. 5:18). Y a los Colosenses les recuerda, entre otros, ese mismo deber: «Y sed agradecidos» (Col. 3:15). La ausencia de gratitud no sólo afea nuestro carácter. Revela la negrura de la mente y el corazón humanos cuando hace oídos sordos a la revelación natural. Pablo traza atinadamente el perfil de los paganos de su tiempo diciendo que, «habiendo conocido a Dios (vv. 19, 20), no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias» (Ro. 1:19-21). Es el retrato del incrédulo de todos los tiempos.

Los textos citados nos muestran que el agradecimiento debe distinguir al cristiano en sus relaciones humanas, pero también -y sobre todo- en su relación con Dios. Es la mejor evidencia de que hemos entendido el significado y el alcance del amor divino, pues, como alguien ha dicho, «la gratitud es una actitud del corazón». «Amamos a Dios porque él nos amó primero» (1 Jn. 4:19).

A lo largo de toda la Escritura, vemos los muchos bienes que Dios nos concede en Cristo, por los cuales debemos estarle agradecidos. Todos fluyen de su gracia (curiosamente gracia -*gratia*- y gratitud están emparentadas etimológicamente). Y todas corresponden al propósito eterno de Dios de bendecirnos «con toda bendición espiritual en lugares celestiales en Cristo» (Ef. 1:3). En el griego del Nuevo Testamento la *kharis* (gracia) da lugar a la *eukharistía* (acción de gracias), derivada del verbo *eukharistéo* (agradecer).

Una enumeración minuciosa de las bendiciones que recibimos de Dios desbordaría los límites de este escrito, por lo que sólo mencionaremos algunas de las más sobresalientes. Cada una de ellas debe producir en nosotros una respuesta de gratitud y

alabanza. Detrás y por encima de las causas más próximas, a Dios debemos la vida, pues «él nos hizo y no nosotros a nosotros mismos» (Sal. 100:3). A Dios se debe la preservación de esa vida, pues «en él vivimos, nos movemos y somos» (Hch. 17:28). Él es el dador del «don inefable» (2 Co. 9:15), su Hijo, por el cual tenemos vida eterna. A Dios debemos su Palabra y su Espíritu, que nos guían en el camino de la verdad y la santidad (Jn. 14:26; Jn. 16:13; Ro. 8:2); sus promesas de vida eterna, que iluminan nuestra vida en la tierra; su providencia siempre benéfica, aunque a veces misteriosa (Ro. 8:28); las pruebas a que a veces nos somete para nuestra corrección o para la purificación de nuestra fe (He. 12:5-11; 1 P. 1:6-8).

Si nuestra visión espiritual es clara veremos en todo la mano sabia y poderosa de Dios y reconoceremos que todo cuanto acontece en nuestra vida, aun los sufrimientos más duros, lo ha permitido para nuestro bien. Así lo vio José, hijo de Jacob (Gn. 50:19-21). Así Pablo y Silas en la cárcel de Filipos, cuando todavía sangrando a causa de los azotes recibidos, oraban y cantaban himnos a Dios (Hch. 16:25). Otro cuadro impresionante en la vida de Pablo lo hallamos en su experiencia de preso náufrago camino de Roma. Cuando todos, marineros y presos, estaban dominados por la ansiedad y no podían probar bocado, el apóstol, alentado por la promesa de Dios, los animó con su palabra y con su ejemplo: «... tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos, y partiéndolo, comenzó a comer» (Hch. 27:35). Si nuestra vista está del mismo modo afinada, veremos la sabiduría, el poder y la bondad del Señor en todas las cosas, en las grandes y en las pequeñas: en la protección de grandes peligros, en la oportuna provisión de recursos, en las plácidas horas de triunfo profesional, en las épocas felices de vida familiar, Pero también en mil y un detalles, que a menudo nos pasan desapercibidos, pero que debiéramos agradecer: la nube que nos pone a cubierto de un sol abrasador, la brisa que nos acaricia, el murmullo relajante de los álamos junto al río, una bella puesta de sol, el beso de un niño, la flor que vemos junto al camino... Podríamos multiplicar los ejemplos hasta el infinito. Un moderno cántico evangélico alemán, traducido a varias lenguas, es una riquísima acción de gracias que puede ayudarnos a cantar nuestro agradecimiento.. En él se expresa gratitud a Dios «por la belleza de la aurora, por los buenos amigos y hermanos y porque a los enemigos les puedo tender la mano; por el trabajo, por mis pequeños aciertos, por la alegría, la música, la luz; gracias por muchas horas tristes, por poder hablar, porque por doquier me guía la mano de Dios; gracias por la salvación y porque nos da paz; gracias porque, cantando, gracias le podemos dar.» ¡Inspirador!

Un piadoso israelita se preguntó un día: «¿Qué pagaré al Señor por todos sus beneficios para conmigo?», y él mismo dio la respuesta: «»Alzaré la copa de salvación e invocaré el nombre del Señor» (Sal. 116:12-13), lo cual en Israel era un rito de acción de gracias. Y nosotros, ¿qué pagaremos por el don de «una salvación tan grande» (He. 2:3)? Volvémonos al camino del leproso agradecido y vayamos con él al encuentro de Jesús para decirle: «¡Gracias, Señor, mil gracias!

*José M. Martínez*

## Los silencios de Dios

«¿Hasta cuándo, oh Señor, clamaré y no oirás?» (Hab. 1:2)

Uno de los problemas más inquietantes en la experiencia cristiana es el de la oración que Dios no contesta como deseamos o esperamos. A nuestro modo de ver, su única respuesta es el silencio. Como consecuencia, la fe se ve asaltada por la duda y el desaliento. ¿Acaso el oído de Dios se ha cerrado o su mano está paralizada?

Veamos cuándo en apariencia Dios calla.

### Cuando parece innegable su pasividad moral

Ésta fue la causa de la perplejidad de Habacuc. El profeta se debate en un conflicto torturador ante la enigmática situación histórica que le tocó vivir. En su mente pugnan dos realidades aparentemente incompatibles. Por un lado, sabe que Dios es justo y todopoderoso y que con soberanía absoluta controla el curso de la historia. Por otro lado, ve cómo su pueblo (Judá), rebelde e inicuo, es castigado por otro pueblo mucho más reprobable, los caldeos (Hab. 1:12-17). Entiende bien que Judá sea castigada a causa de sus pecados (Hab. 1:2-4); pero ¿a manos de un poder que encarnaba lo más inhumano de la injusticia y la crueldad? A todo ello los caldeos unían una soberbia intolerable «haciendo de su fuerza su dios» (Hab. 1:11). ¿Acaso no era esto una provocación intolerable al soberano Señor de cielos y tierra? Y para hacer más incomprensible el curso de los acontecimientos, se destaca el hecho de que es Dios mismo quien los determina por expreso designio suyo (Hab. 1:5-6). ¿Cómo entender que el agente disciplinario que había de castigar a Judá fuera una nación horriblemente injusta, idólatra y brutal, infinitamente más pecadora que el pueblo escogido, aunque apóstata? A Habacuc no le cabe en la cabeza la idea de que un Dios santo tenga parte activa en semejante anomalía. De ahí su profunda desazón. Y su clamor, ante el que Dios calla. Un problema semejante se le planteó a Jeremías (Jer. 12:1). Es la cuestión que sigue turbando a muchos que observan con preocupación el curso de la historia contemporánea con sus páginas horriblemente estremecedoras.

El problema, en otro contexto y con matices distintos, sigue inquietando a muchos espíritus, desconcertados por lo que aparentemente es una incongruencia inconcebible: un Dios santo, justo, poderoso y bueno que calla inmóvil frente a graves males desencadenados por la perversidad humana. Todavía producen un estremecimiento de horror los solos nombres de Auschwitz, Hiroshima, Bosnia, Ruanda. Y ¿qué decir de la indignación que nos invade cuando vemos la suerte del mundo en manos de los poderosos, cegados por la ambición, carentes de escrúpulos, manipuladores de una globalización que hace mucho más ricos a los dirigentes de empresas multinacionales y deja en una mayor pobreza a los más desfavorecidos, que son millones?

«¿Hasta cuándo?» Dios no quiere dejar a Habacuc en la tortura de su incomprensión. Y finalmente rompe su silencio dando al profeta lecciones hondamente saludables. En primer lugar, el sufrimiento de Judá tiene un carácter justamente retributivo. Pese a que los caldeos, ejecutores del juicio divino, eran más dignos de castigo que el pueblo de Judá, Dios, en el ejercicio de su soberanía, va a usarlos como instrumento (Hab. 1:12). En segundo lugar, Dios hace saber a su siervo que el estado de cosas que le turba no va a durar siempre. En su momento, todo cambiará. Este cambio todavía tardará, pero -palabras de Dios- «aunque tarde, espéralo, porque sin duda vendrá... y sin retraso» (Hab. 2:3). En tercer lugar, Habacuc ha de saber que lo que debe hacer no es especular inútilmente, sino confiar y mantenerse fiel, pase lo que pase, dejándolo todo en las manos de Dios. «El justo por su fe vivirá» (Hab. 2:4). Al final todo resplandecerá con la gloria de Dios. A su debido tiempo los injustos tendrán su merecido (Hab. 2:6-20). Y el pueblo escogido será restaurado, ricamente bendecido por su Dios.

El profeta, impresionado por el mensaje recibido, ora con una súplica preciosa que todo creyente debería hacer suya (Hab. 3:2). Y la oración se convierte en visión arrobadora: la majestad de Dios y de sus obras proclaman su magnificencia y su soberanía (Hab. 3:3-16). Habacuc tiene bastante. Ya no le importa lo que pueda suceder, ni lo que de inexplicable pueda ver. Ahora descansa en Dios y aun en las circunstancias más adversas puede decir: «Con todo, yo me alegraré en Jehová; me alegraré en el Dios de mi salvación; Jehová el Señor es mi fortaleza; él me da pies como de ciervas y me hace caminar por las alturas.» (Hab. 3:18-19). Lo mismo puede decir todo creyente que, por encima de dudas y misterios de la providencia, confía plenamente en Dios.

### **Cuando los impíos interpretan erróneamente a Dios (Sal. 50:16-21)**

Porque Dios no destruye de modo inmediato y fulminante a los malvados, muchos piensan que es indiferente a la conducta humana. No hace nada. No dice nada. Su palabra y sus actos pueden ser temibles; pero ¿quién temerá su silencio? Si pecados graves quedan impunes, ¿por qué no seguir pecando? Quienes así piensan no necesariamente son ateos declarados. Pueden, a su manera, creer en Dios con una mezcla de impiedad y religiosidad, pero su Dios es un Dios mudo. ¿Cómo reacciona ante la maldad de los hombres? ¡Calla!. Quizá está tan lejos en el cielo que no se entera de lo que acontece en la tierra. Los más inicuos pueden delinquir con frecuencia impunemente... y no pasa nada. Dios calla. Su silencio se prolonga...

Pero no siempre callará. Llegará el momento del juicio, cuando Dios dirá al impío: «Estas cosas hacías y yo he callado. ¿Pensabas que de cierto sería yo como tú? Pero te redarguiré y las pondré delante de tus ojos» (Sal. 50:21). En algunos casos el juicio de Dios es inmediato, como nos recuerda la muerte de Ananías y Safira (Hch. 5:1-11). Pero generalmente el ajuste de cuentas se reserva para el juicio final, «por cuanto (Dios) ha establecido un día en el cual va a juzgar al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, acreditándolo ante todos al haberlo levantado de los muertos» (Hch. 17:31). En aquel día quienes enmudecerán confusos y atemorizados serán los que ahora viven a su antojo conculcando las leyes del soberano Dios.

### **Cuando Dios aflige a su pueblo**

«¿Te quedarás quieto antes estas cosas, Señor? ¿Callarás y nos afligirás sobremanera?» (Is. 64:12)

Esta patética invocación brota del corazón de un pueblo abrumado por el peso de una convicción de pecado profunda. Ese pueblo, escogido por Dios para gloriosos destinos, ha sido extraordinariamente favorecido (Is. 64:3-5): amado, protegido, bendecido para ser bendición a los restantes pueblos de la tierra. Pero, lejos de mantenerse a la altura de la vocación con que Dios lo había llamado, Israel (Judá) ha provocado el enojo de Dios con sus pecados (Is. 64:5-7), lo que le acarrea destrucción, ruina, deportación, desastre total (Is. 64:10-12). Toda esta aflicción era merecida. Pero ¿se prolongaría indefinidamente? ¿Acaso el pecado del pueblo era mayor que la misericordia de Dios? Una oración ferviente sube a los cielos: «No te enojés sobremanera, Señor, no tengas perpetua memoria de la iniquidad» (Is. 64:9). ¿Habrá respuesta favorable a esta súplica? Durante un tiempo todo sigue igual, lo que promueve la duda y suscita el lamento de Is. 64:12 que encabeza este apartado.

Una vez más la aparente inacción de Dios y su silencio turban la fe y nublan la esperanza. Tal es la experiencia de innumerables creyentes que se ven inmersos en aguas profundas de tribulación. Unas veces porque, como en el caso de Israel y Judá, la acción disciplinaria del Padre celestial así lo exige (He. 12:5-11). Otras porque la fe ha de ser probada mediante el sufrimiento (1 P. 1:6-8). En algunos casos, incluso, a causa de nuestros errores y torpezas. Pero en todos los casos se puede tener la certidumbre de que el silencio y la aparente pasividad de Dios no durarán indefinidamente. Él puede permitir que pruebas de diverso tipo nos aflijan, pero no más de lo que podamos soportar (1 Co. 10:13). En el momento oportuno intervendrá para convertir la turbación en paz, el dolor en gozo, la duda en plena certidumbre de fe.

### **Cuando los planes de Dios están velados**

*«Desde el siglo he callado, he guardado silencio, me he contenido; pero ahora daré voces...» (Is. 42:14)*

Esta declaración de Dios es hecha en el contexto de la relación con su pueblo, cautivo en Babilonia desde hacía largo tiempo («desde el siglo...», como si al Señor le hubiese parecido una eternidad). Los años, las décadas, han ido sucediéndose monótonamente. En el ánimo de los deportados ya no hay expectativas luminosas. Sólo hay lugar para la nostalgia (Sal. 137:1). El futuro aparece lóbrego, sin motivo alguno de ilusión. ¡Penoso estado! Y Dios calla. Y no hace nada... Pero a duras penas; el lenguaje antropomórfico del texto sugiere la idea de que le había costado mucho a Dios mantener esa actitud («me he contenido»). Su mutismo y su quietud le exigían un verdadero esfuerzo. Pugnaban con su misericordia infinita.

Finalmente todo va a cambiar de modo súbito, como el alumbramiento de la mujer encinta (Is. 42:14).. Babilonia cae tras un periodo calamitoso (Is. 42:15). Los judíos pueden volver a su tierra. Dios está preparando para ellos un nuevo éxodo. Todo de acuerdo con su plan de restaurar a su pueblo en el marco de salvación llevada a efecto por el Siervo de Yahvéh» (Is. 42:1-4). Pero este plan de Dios está velado a los ojos humanos. Por eso el pueblo judío sufre, confuso y dolorido, entretanto dura el silencio divino, ajeno a la gran liberación que se aproxima. Pero ha llegado el momento, y ahora sí habla Dios: «Estas cosas les haré y no los desampararé» (Is. 42:16).

Siempre actúa Dios así. Desde los acontecimientos históricos más trascendentales hasta los más insignificantes, todo está perfectamente engarzado en los designios sabios y amorosos de Dios. Todo avanza hacia una nueva era en la que resplandecerán su gloria, su sabiduría y su poder en la realización de su plan de salvación. El creyente, instruido por lo que Dios ha revelado en su Palabra, conoce esa verdad y sabe que su presente y su futuro está en las manos del Padre Eterno. Pese a ello, en su experiencia personal, subjetiva, la oscuridad de una situación existencial penosa extiende el velo sobre su mente. Entonces, perplejo y abatido, no ve nada más que situaciones y hechos que comprometen la perfección de Dios. Pero el soberano Señor, a pesar de sus silencios y su inmovilidad aparentes, cumplirá sus propósitos, siempre sabios y henchidos de bondad. Así su pueblo verá reconfortado mutaciones maravillosas en su situación. La derrota se trueca en victoria; la humillación, en ensalzamiento; el sufrimiento, en gozo, «las tinieblas en luz» (Is. 42:16).

¿Por qué no alegrarnos ya hoy, sea cual sea nuestra circunstancia presente, aceptando anticipadamente lo que Dios determine para nuestra vida? ¿Por qué no alabarle gozosos con la visión de la fe? Recordemos de nuevo lo dicho a Habacuc: «Aunque la visión tarde en cumplirse, se cumplirá en su tiempo; no faltará. Aunque tarde, espérala, porque sin duda -y sin retraso- vendrá».

*José M. Martínez*

## ¿Hoja caducas u hojas perennes?

*Reflexión otoñal*

El mes de noviembre nos introduce raudo en las entrañas del otoño. Días más breves. Noches largas. Nieblas frías, persistentes. Todo parece conjurado para sumirnos en la melancolía. La naturaleza toda proclama un mensaje deprimente. Aun la bella explosión de colores en las copas de muchos árboles tiene un matiz sombrío. Su derroche policromo no es signo de mayor vitalidad, sino de todo lo contrario; esa belleza es anunciadora de decadencia, de muerte; cada hoja debe su nuevo color a un proceso de descomposición que ya ha comenzado. Pronto el más suave soplo de una brisa la arrancará de la rama y, caída sobre el suelo, en él hallará su sepultura.

Inevitablemente, deplorablemente, vemos en ese fenómeno de la naturaleza una vívida alegoría de nuestra propia vida. Sean cuales sean las apariencias, el proceso biológico de decadencia es irreversible. El vigor físico, la agudeza sensorial, la agilidad mental menguan. Y sabemos que esos fenómenos son precursores de la muerte, aunque ésta para el creyente en Cristo ha perdido su terror e incluso la decadencia física no necesariamente ha de afectar a lo más importante de nuestra persona, pues como decía el apóstol Pablo, «aunque nuestro hombre exterior (el cuerpo) se va desgastando, el interior, sin embargo, se renueva de día en día» (2 Co. 4:16).

Puede suceder, con todo, que en la experiencia cristiana -aun en la de los jóvenes- el declive aparezca precisamente en ese «hombre interior», en la vida espiritual, mucho antes incluso de que sobrevenga el debilitamiento físico. También en la vida espiritual, incluso en la de los jóvenes, puede producirse un fenómeno de deterioro y descomposición. Las tribulaciones, las dudas, los desengaños, la influencia de las corrientes de pensamiento y las costumbres o modas del mundo, las ansias de placer sin cortapisas, la inmoralidad más descarada instalada en los medios de comunicación, la negligencia en el uso de los recursos para el robustecimiento de la vida en Cristo pueden fácilmente ocasionar una corrosión interior tan deplorable como peligrosa. Exteriormente puede verse aún el colorido de algunas prácticas religiosas, pero interiormente la vida está próxima a extinguirse.

En esa situación cualquier viento puede arrancar las hojas de la profesión de fe cristiana. Pocas cosas hay más tristes que esta desgracia. Como dijera el poeta, «hojas del árbol caídas, juguetes del viento son». Y juguetes de viento demoniaco han parecido no pocos creyentes que en el tiempo de su decadencia han perdido las hojas de sagrados ideales defendidos con pasión anteriormente, las de fe vigorosa, de abnegación y compromiso generoso. En todo ello se había gozado en los días de su espiritualidad lozana.

Apena ver con cierta frecuencia a creyentes que son conscientes de su decadencia en el otoño espiritual de su vida y, a pesar de ello, no hacen nada para cambiar su situación. Dan la impresión de que la amarillez de su testimonio es normal al cabo de un tiempo. Al fin y al cabo, no aspiran a ser supersantos, ni héroes, ni modelos de piedad. Además piensan que el residuo de fe que les queda es suficiente para asegurar su entrada en la gloria eterna. ¡Craso error! Aun admitiendo la seguridad de la salvación de todo creyente sincero por la gracia de Cristo, tiene muy poco de glorioso ese modo de salvación en el último día. Ese creyente «será salvo, aunque así como por fuego» (1 Co. 3:14-15), un fuego que, si no lo destruye a él, destruirá la obra de su vida. En aquel día lo que soplará no será una brisa acariciadora. Será un vendaval que arrancará todas las hojas amarillentas, rojizas o parduscas, pues todas ellas, debilitadas, habrán llegado ya al final del proceso de descomposición. Y sólo quedará lo que deje la gracia de Dios. ¡Cuánto mejor es aspirar a que, en vez de entrar como escapando del fuego, nos sea «otorgada amplia entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 P. 1:12). La amplitud de esa entrada será proporcional a la seriedad y fidelidad con que cumplamos la exhortación del apóstol: «Por lo cual, hermanos, sed tanto más diligentes en afianzar vuestro llamamiento y vuestra elección; porque haciendo estas cosas no caeréis jamás» (2 P. 1:10).

Si nuestra reflexión otoñal ha sumido a alguien en el desánimo, incluso en la depresión, nos alegra poder presentar un cuadro bien diferente del de las hojas caducas. Es el cuadro que nos ofrece la Escritura en varios de sus textos. En el vestíbulo del libro de los Salmos aparece un hombre dichoso. Lo es porque vive rectamente, conforme a lo prescrito en la ley de Dios en la que medita asiduamente. Con un símil por demás sugerente se describe el curso de su vida: «Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo y su hoja no cae, y todo lo que hace prosperará» (Sal. 1:3). Y en el Salmo 92 hallamos otro símil parecido: «El justo florecerá como la palmera, crecerá como cedro en el Líbano. Plantados en la casa de Yahvéh en los atrios de nuestro Dios florecerán. Aun en la vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes» (Sal. 92:12-14). Ni sombra de decadencia. Todo es exuberancia, plenitud... incluso en la vejez física.

¿Cómo se puede vivir esa experiencia? ¿Cómo evitar encontrarnos cargados de hojas caducas próximas a su caída y destrucción? ¿Cómo mantenernos siempre verdes y fructíferos, con hojas perennes? En el Salmo 1, al que nos hemos referido, se nos da la respuesta:

1. el creyente debe oponerse tenazmente a la influencia nociva de quienes inducen al mal (Sal. 1:1).
2. hacer de la Palabra de Dios objeto preferente de lectura y meditación a fin de que su vida sea un caminar con Dios y un modo de servirle en gozosa sumisión a sus preceptos.

Una pregunta para concluir: ¿Pueden las hojas caducas convertirse en hojas perennes? En la naturaleza obviamente no. Nunca hemos visto ese milagro cuando contemplamos el bosque a últimos de octubre y primeros de noviembre. Pero en el orden espiritual la transformación sí es posible. El cristiano puede usar el árbol provechosamente como metáfora, pero no es un árbol. Éste ni puede trasladarse con sus raíces a otro suelo ni puede modificar la naturaleza de sus hojas, predeterminada genéticamente. Pero una persona, que no es un árbol, sí puede introducir cambios en su vida. Sus rasgos característicos, sus gustos y aficiones, sus tendencias pueden ser alterados. Esto es lo que nos enseña las doctrinas bíblicas de la conversión y la santificación. El pecador se convierte en santo; el carnal, en espiritual; el permisivo, en disciplinado; el soberbio, en manso y humilde; el egoísta en generoso. En palabras de Pablo: «Si alguno está en Cristo, una nueva creación es; las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). Las hojas coloreadas, en vías de alteración y caída, se transforman en hojas perennes de un verde lustroso

Admito que en la práctica de la vida cristiana la cosa no es tan simple. La transformación del creyente no se lleva a cabo en un instante; dura toda la vida. Y nunca se alcanza la perfección absoluta. Nunca en este mundo se llega a la meta. Vivir cristianamente es vivir en lucha constante. La carne combate contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne (Gá. 5:17-24). Pero hay una exigencia insoslayable: el creyente en Cristo ha de tener un carácter y un comportamiento cristianos. Y su cristianismo ha de ser perenne; ha de superar victoriosamente todo tipo de cansancio, todo desaliento, toda tentación a arrojar la toalla. Su fe no puede ser caduca; ha de mantenerse perseverantemente «fiel hasta la muerte». Es el precio de «la corona de la vida» (Ap. 2:10).

*José M. Martínez*

## **Pese a todo... ¡Emanuel!**

*«Por tanto, el Señor mismo os dará una señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.» (Is. 7:14)*

En la Sagrada Escritura (sobre todo en el Antiguo Testamento, pero también en el Nuevo) Dios se nos presenta como «Dios sobre nosotros», el Creador soberano, el Pantocrátor. En opinión de muchos, un Dios remoto, indiferente a cuanto pasa en este mundo. Y si alguna preocupación tiene por lo que hacen los hombres es la propia de un juez implacable, no la de un Padre amoroso dispuesto a ayudar y salvar. Pero el Evangelio enfoca la realidad bajo una perspectiva muy diferente. Su mensaje es «nuevas de gran gozo», como anunció el ángel la noche de Navidad.

La razón de esa noticia regocijante la expresó con toda claridad el ángel: «Os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor» (Lc. 2:11). Y en el mensaje angélico dado a José antes del nacimiento de Jesús se indica otro motivo de gozo, el nombre con que el niño había de ser conocido: «Emanuel», que significa «Dios está con nosotros» (Mt. 1:23). Ese nombre revelaría la característica más preciosa de Dios: no está sobre o contra nosotros, sino con nosotros, a nuestro lado y a nuestro favor. El nombre significa una verdad alentadora, pero no siempre es tal verdad fácil de entender, y menos de aceptar. ¿Dios con nosotros en un mundo en el que la injusticia y la maldad se han desbordado? ¿Dios con nosotros cuando sufrimos golpes de adversidad implacable? ¿Dios con nosotros cuando toda esperanza se trueca en frustración? ¿No habríamos de decir más bien: «Dios lejos de nosotros»?

Si queremos acabar con las dudas y la incertidumbre, nada mejor que ahondar en el contexto histórico del término Emanuel, que Mateo ha encontrado en una profecía de Isaías: «He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel» (Is. 7:14). Que este anuncio tiene una proyección mesiánica es evidente a la luz de Is. 9:1-2 y 6-7. Pero en su sentido primario era un mensaje oportunísimo para los contemporáneos del profeta en días de Acaz, rey de Judá.

### **Significado original de Isaías 7:14**

El contexto amplio que precede en el libro de Isaías nos presenta un cuadro espiritual desolador. La fe del pueblo es mera religiosidad externa, con ausencia total de verdadera piedad (Is. 1:10-16). El pueblo y sus príncipes se han corrompido (Is. 1:21-23). Como consecuencia, el juicio contra Judá y Jerusalén es inevitable (Is. 3). Judá, al igual que Israel, ha sido desleal y rebelde, como se indica en la dramática parábola de la viña (Is. 5:1-7). Sobre Israel se cierne el juicio divino. Los ayes que brotan de labios del profeta son estremecedores (Is. 5:8-23). Uno a uno son desgranados y denunciados los pecados cometidos en el pueblo: la ambición materialista (Is. 5:8), la intemperancia (Is. 5:11) y la lujuria (Is. 5:12), la hipocresía (Is. 5:18), la provocación al Altísimo (Is. 5:19), la perversión de los principios morales (Is. 5:20, 23). Tal es el nivel de impiedad que ha alcanzado la vida de los compatriotas de Isaías que el propio profeta, a la luz de la santidad y la gloria de Dios, siente toda la repulsión de su propia miseria humana, y los ayes pronunciados por él contra sus correligionarios se transforman en un ay autoinculpatorio: «Ay de mí» (Is. 6:5).

En el libro, al mensaje profético de los primeros capítulos sigue una sección en la que se entrelaza lo admonitorio con lo histórico. El juicio de Dios ha de recaer sobre los rebeldes, pero al final resplandecerá su misericordia a favor del «remanente fiel». En días del rey de Judá, Acaz, los reyes de Siria y del reino israelita septentrional (Efraím) se alían para combatir contra Jerusalén (Is. 7:1). El Señor envía un mensaje a Acaz: «Manténte alerta, pero ten calma» (Is. 7:4). Al cabo de algunos años el poder de Siria y el de Israel habría sido quebrantado (Is. 7:7-9). Probablemente Acaz escuchó el mensaje con cara de desconfianza. El anuncio profético parecía demasiado hermoso. ¿Podría llegar a cumplirse?. Dios, por respuesta le da una señal: «He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel» (Is. 7:14). Quién sería aquella virgen no se indica, pero posiblemente pertenecería al círculo de la realeza (¿o tal vez al de los profetas?). Lo importante era que antes de que el niño llegara a la edad del discernimiento moral la tierra de los dos reyes del Norte sería abandonada. En efecto, al cabo de tres años Damasco había caído en poder de los asirios y catorce años más tarde las mismas fuerzas asirias se apoderaron de Samaria y deportaron a muchos de sus habitantes. A raíz de estas convulsiones políticas, muchos israelitas tenían humanamente motivos para temer y para no creer. Les había sobrevenido una gran catástrofe nacional. ¿Qué podían esperar? ¿Cómo creer que Dios estaba con ellos? Ignoraban que aun en medio de las mayores calamidades Dios está con su pueblo y que su propósito final es de salvación.

### **La experiencia de Judá**

Una experiencia parecida a la de Israel tuvo el reino sureño de Judá ante el poder de Babilonia. Pero los habitantes de Jerusalén que temían a Yahvéh, el resto fiel, recordarían lo prometido por el profeta, y repetirían para sus adentros: «Emanuel -Dios con nosotros-». A pesar de todas las razones para pensar lo contrario. Y pronto Dios iría aclarando las oscuridades. Su profeta transmitiría un mensaje de esperanza..Habría de otro niño cuyo nombre sería «Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz» (Is. 9:6) y, sentado sobre el trono de David, reinaría eternamente (Is. 9:7). También Judá -Jerusalén incluida- sufrirían los males de una cruel invasión: humillación, destrucción, deportación, muerte. ¿Estaba Dios con sus habitantes? Más bien podía pensarse que estaba contra ellos. Pero el curso posterior de la historia muestra que Dios no los había abandonado. Los juzgó y castigó, pero no los desechó para siempre. Nunca permitió una destrucción total de su pueblo. Y «en el cumplimiento del tiempo» envió a su Hijo, el «sol de justicia en cuyas alas traería salvación» (Mal. 4:2), el Príncipe glorioso de cuyo reinado no habría fin. Con el advenimiento de Cristo se ponía de manifiesto que Dios «vino en socorro de Israel, su siervo, acordándose de su misericordia», como declaró María en su precioso Magnificat (Lc. 1:54). Y no sólo esto. En Cristo, y por él, se abrirían las puertas de la salvación a todos los pueblos. Ahora todo el pueblo de Dios, judíos y gentiles, podría alabar a Jesucristo como Emanuel. Dios no está lejos. Está con nosotros. He ahí el meollo de la Navidad.

### **Nuestra experiencia personal**

Sin embargo, cuando Jesús nació también hubo dificultades para creer en el «Dios con nosotros». Precisamente el nacimiento del niño provocó la ira de Herodes con la consiguiente muerte de numerosos niños inocentes. La historia de la Iglesia cristiana es una historia de padecimientos. También lo es la historia del mundo, con sus guerras y miserias. Y la de muchos individuos, creyentes y no creyentes. ¿Estaba Dios con las

víctimas de los genocidios? ¿Está conmigo cuando me atormenta dolorosa enfermedad, cuando he de enfrentarme a la pobreza o el desempleo, cuando me hallo bajo la tensión de agudos problemas familiares, cuando me hieren profundos desengaños, cuando me siento inmerso en la más absoluta soledad?

Sí. Pese a todo, Dios está con nosotros. Somos nosotros los que muchas veces nos mantenemos lejos de él. Algunos a causa de una incredulidad atea. Otros por su incomprensión de la providencia divina o por su impaciencia. En lugar de someterse a los sabios designios del Altísimo, pretenden que Dios se someta a ellos. Creen que debería actuar de modo inmediato. Pero mientras Dios sea Dios será su voluntad, siempre justa y benéfica, la que prevalecerá, y «a su debido tiempo», con su poder salvador se pondrá de manifiesto que «el fin del Señor es muy misericordioso y compasivo» (Stg. 5:11). Así lo experimentó Job. Y así lo ve todo creyente que vive en plena certidumbre de fe. A esa plenitud llegó Abraham cuando «creyó en esperanza contra esperanza» (Ro. 4:18-21), cuando las circunstancias parecían frustrar el plan de Dios de hacer de él «padre de muchas gentes».

Que al celebrar el nacimiento de Cristo una vez más, trascendiendo nuestros problemas y sufrimientos, podamos exclamar desde lo profundo de nuestro corazón: ¡Jesús, Emanuel, bendito sea tu nombre!

*José M. Martínez*

## Libros de José M. Martínez

- Job, la fe en conflicto**, Editorial CLIE, 1975, ISBN: 84-7228-211-2
- Ministros de Jesucristo I - Ministerio y homilética**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-329-1
- Ministros de Jesucristo II - Pastoral**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-330-5
- La Biblia dice...**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-054-0
- Por qué aún soy cristiano**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-178-4
- Hermenéutica bíblica**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7228-833-1
- Los cristianos en el mundo de hoy**, Editorial CLIE y AEE, 1987, ISBN: 84-7645-244-6
- Escogidos en Cristo**, Editorial CLIE, 2006, ISBN: 84-8267-473-0
- Salmos**, Editorial CLIE y Unión Bíblica, 1990, ISBN: 84-7645-410-4
- Salmos Escogidos**, Editorial CLIE, 1992, ISBN: 84-7645-538-0
- La España evangélica, ayer y hoy**, Editorial CLIE y Andamio, 1994, ISBN: 84-7645-771-5
- Introducción a la espiritualidad cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 1997, ISBN: 84-7645-984-X
- El libro de Génesis**, Ed. Portavoz, 1998, ISBN: 0-8254-1738-4
- El cristiano y sus relaciones**, Andamio, 1999
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2000, ISBN: 84-8267-135-9
- Tu vida cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2001, ISBN: 84-8267-174-X
- Fundamentos Teológicos de la Fe Cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2002, ISBN: 84-8267-244-4
- Contemplando la gloria de Cristo**, Editorial CLIE y Andamio, 2004, ISBN: 84-8267-361-0

## Libros del Dr. Pablo Martínez Vila

- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2003, ISBN: 84-8267-133-2
- Más allá del dolor**, Publicaciones Andamio, 2006, ISBN: 84-9655101-5

## Folletos de José M. Martínez

- Creer o no creer, ésa es la cuestión**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- ¡Tanto sufrimiento! ¿Por qué?**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- La Biblia, mucho más que un libro**, Unión Bíblica de España